

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ARTICULO DECIMO.

Reflexiones.—De la importancia de educar y moralizar al pueblo.

I.

He finalizado la historia de Magdalena y de sus hijas, de esas tres nobles criaturas, cuyas virtudes no habrán podido menos de interesar á mis lectoras. En ellas están reasumidos los tres caracteres mas generales en la mujer, y los tres son enteramente distintos entre sí.

El de la señora de G.... ofrece esa mezcla de dulzura y energía que muchas veces me ha admirado al verla en no pocas mujeres á quienes la sociedad confunde con los seres mas vulgares, con esa desoladora injusticia que hiere el corazón del que vive en su centro: esos dobles caracteres, esas almas privilegiadas, aunque son raras, existen, y no hay que decir que son muy escasas, porque yo, en el discurso de mi corta vida, he encontrado ya algunas, aunque quizá sin saber ellas mismas que existían; pues tan esclava, ó tan imprudente y poco dignamente enaltecida vive la mujer, que ni aun sabe estimarse á sí misma: no obstante, es indisputable que la base de la dignidad es la propia estimación.

Escusado me parece hacer reflexiones acerca de la belleza del carácter de la madre de Angela y Rosa: el contraste que ofrecen su ternura conyugal y maternal, y el esforzado valor con que soportó todos sus dolores y pe-

ENERO.

nalidades, es tan bello que no admite comentarios; y su ejemplo es el mas saludable que puedo ofrecer á las esposas y á las madres.

El carácter de Angela se encuentra tambien en el mundo con frecuencia: en este siglo, en que la mayor parte de las mujeres nacen con instintos poéticos, su organismo cede en fuerza á la par que la gana la imaginación; pero estas criaturas, que serian otros tantos ángeles, si se les educara con el tino que lo fué aquella jóven, se convierten en entes insupportables por el mimo de sus padres, y abandonan el cuidado de su hogar, y mas tarde las cunas de sus hijos, para hacer versos, que, por su fatal educación, son en vez de ecos de un corazón puro, ecos de la vanidad y del egoismo, y que por lo tanto no conmueven á nadie.

La poesía debe ir siempre alumbrada con las antorchas sagradas de la verdad y de la virtud; de lo contrario, lejos de interesar, será solo una ridícula afectación de sentimientos, tanto mas irrisoria cuanto mas lejos están de estos los hábitos y costumbres de la que escribe.

El carácter de Rosa es el mas comun: ese tipo de la muchacha viva, coqueta y voluntariosa, se encuentra á cada paso, pero en pocas de su especie se halla el sensible corazón de la hija del demente.

Sin embargo, esa sensibilidad hubiera sido ahogada por sus malos instintos á no mediar la viva y generosa ternura de su madre.

La tremenda prueba á que la sujetó, cuando aun no tenia siete años, manifiesta la energía que atesoraba en su alma esta madre sin ejemplo; y la heroica abnegación de la mujer que se olvida de sí propia, en medio del agudo dolor que la causa el ver agonizar al esposo que tanto ama, por acudir al remedio de su hija á la que ve casi del todo pervertida, es la lección mas bella de ternura maternal que puede ofrecerse.

Os lo repito, madres de familia; no temais



emplear un prudente rigor en la educacion de vuestras hijas: existen caractéres que, lejos de doblegarse á la dulzura, se ensoberbecen con ella. Vosotras teneis mil medios de recompensaros vuestro sufrimiento al castigar á vuestras hijas y de indemnizarlas á ellas de sus castigos. ¡La infancia se contenta con tan poco!.... Una caricia vuestra hará secar en sus ojos el llanto: una flor, un dulce, las harán sonreír: una hora de paseo las hará olvidar el peso de la correccion mas severa.

Mas para conseguir el remedio es necesario aplicar con tino el castigo y la recompensa: es necesario que ejerzais una continua vigilancia y es necesario, en fin que vuestras hijas os vean continuamente á su lado, como á los ángeles de su guarda.

II.

Tengo que empezar, al tratar del pueblo, hablando de las escuelas dominicales, instituidas en esta corte bajo la proteccion de la Santísima Trinidad y presidida por una junta de señoras, á cuyo frente se halla la señora condesa de Humanes.

Y lo creo preciso así, porque al declamar amargamente contra el abandono en que se tiene la educacion del pueblo, no quiero que se me acuse de ignorar el beneficio que realmente se le dispensa, pero que, sin embargo, no alcanzará jamás á remediar multitud de males de mucha consideracion.

Las escuelas dominicales ha poco que se han instituido, y para que se comprenda su objeto, voy á copiar aquí la introduccion y el capítulo primero de su reglamento.

INTRODUCCION.

„Todas las personas piadosas conocen y deploran los peligros á que se ven espuestas en los dias festivos las criadas y otras jóvenes del pueblo, y se echa de menos en la capital de un reino católico como el nuestro, una casa de asilo á donde puedan retirarse aquellas las tardes de dichos dias, y, evitando todo riesgo de perversion, proporcionarse los medios de utilizar convenientemente el tiempo, cuyo menor riesgo, fuera la pérdida del mismo.”

CAPÍTULO I.

Objeto de las escuelas dominicales.

„Artículo 1.º El objeto de estas escuelas es dispensar á las criadas y jóvenes del pueblo que concurren á ellas, el precioso beneficio de una educacion é instruccion cristiana, acomodada á su edad, sexo y condicion.

„Art. 2.º En la educacion se comprende la enseñanza del catecismo de doctrina cristiana, y los consejos y avisos saludables para instalar en los corazones de las educandas el santo temor de Dios, aborrecimiento de todo género de vicios y amor á la virtud, juntamente con la frecuencia de Sacramentos.

„Art. 3.º La instruccion se encierra en los precisos límites de leer, escribir y contar.”

He aquí copiados á la letra la introduccion y el capítulo primero del reglamento, por los cuales se podrá formar una idea del laudable y benéfico objeto que se proponen las caritativas señoras que componen la junta directiva de las referidas escuelas.

Cada domingo se encierran estas nobles damas en las pobres paredes de una modesta habitacion, y pasan en ella cuatro horas de la tarde enseñando las materias ya enunciadas, á todas las jóvenes del pueblo que quieren ir á aprovecharse de sus lecciones, con una paciencia y abnegacion superiores á todo elogio: sus blancas manos, acostumbradas solo á manejar el abanico ó recoger los pliegues de la rica cachemira que encubre sus graciosos y aristocráticos talles, guían las manos callosas y endurecidas de las pobres sirvientas: sus delicados piés, que pisan de continuo ricas alfombras, se hielan durante las tardes del invierno en el frio pavimento de las escuelas; y sus bocas, que solo se abren para dulces conversaciones, para dar órdenes á sus criados, ó para besar á sus amigos y á sus hijos, se secan y fatigan repitiendo á sus educandas los preceptos del decálogo; para grabar en sus pobres y oscuras inteligencias las verdades de nuestra religion.

El éxito mas satisfactorio ha coronado sus esfuerzos: pocos meses despues de abierto ese santo y protector asilo, era muy considerable el número de las jóvenes que cada domingo acudian á él; y, al escribir estas líneas, acabo de saber que ha sido preciso abrir cuatro escuelas, á las cuales concurren ya mas de 800 sirvientas todos los dias festivos.

Las benéficas señoras cubren además con admirable desprendimiento los crecidos gastos que origina la educacion de esas pobres ignorantes, y hasta costean algunos premios que se les reparten dos veces al año con toda la solemnidad posible, y con el fin de alentarlas y de estimular á las mas atrasadas: las enseñan tambien á rezar y á comprender lo que rezan, y las hacen decir oraciones que no se omiten ni aun en los dias en que la presidenta

concede asueto á las educandas y permiso para divertirse.

Grande, loable y benéfica es esta institucion, y toda alabanza es fria para el desinterés de las personas que la llevan á cabo: es indudable que harán germinar muchas semillas de virtud en esos corazones viciados ó endurecidos y que rescatarán no pocas almas de la esclavitud de la ignorancia; pero, no obstante, repito con dolor lo que mas arriba dije.

Ese beneficio que se dispensa al pueblo, no alcanza, no alcanzará nunca mas que á remediar una pequeña parte de los males que ocasiona el abandono en que yace.

III.

A cualquiera hora de la noche recorre una multitud de muchachos de ambos sexos las mesas de los cafés de la corte pidiendo limosna á los concurrentes: estas criaturas, enviadas por sus padres, pues atendida su corta edad no debe suponerse que tengan todavía voluntad propia, estas criaturas, digo, se presentan ante el público en un estado de desnudez espantosa, quizá porque á sus padres les convenga exagerar su miseria para escitar de este modo la compasion del que las ve.

Pero los concurrentes á esos sitios están ya tan acostumbrados á ese triste espectáculo, que todos siguen tomando su refresco, es decir, gastando innecesariamente algunos reales, que bastarian para aliviar el hambre de la criatura, que implora su caridad y la de toda su familia.

Así pues, estos niños, acostumbrados tambien á que los miren con indiferencia ó les contesten con dureza; estos niños, á quienes se obliga desde su edad mas tierna á perder toda especie de pudor; estos niños, que solo burlando la vigilancia de los mozos pueden traspasar los umbrales de un café; estos niños, que ven á sus semejantes insensibles á su miseria y tienen que huir de aquel sitio porque los camareros les persiguen ó maltratan, se nutren de envidia y de veneno, y juran mas tarde un odio encarnizado á la sociedad que ha escarnecido su desvalida y miserable infancia.

Si! De esas criaturas suelen salir los asesinos que acaban su existencia de crímenes á manos del verdugo! De esas criaturas suelen salir esas mujeres perdidas, oprobio y baldon de su sexo! De esas criaturas, en fin, suele salir la multitud de presidiarios que arrastran un hierro pesado y vergonzoso, y que llevan la señal de su infamia grabada, mientras dura su vida, en su cuerpo y en su corazon!

—¿Qué deberes, dirán esos desgraciados, qué consideracion merece ó hay que cumplir con una sociedad, con un mundo, que no nos ha otorgado jamás ni la mirada que se concede al can desconocido?

Y estas reflexiones, que corroen la savia que pudiera haber en su corazon, les arroja á cometer toda clase de crímenes y escesos.

¡Y luego nos horrorizamos de ellos! y aun hay gentes, bastante inhumanas, que corren á ver ajusticiar á un malhechor, ó llevar á la cárcel á una mujer perdida!... Ay! Si se fuese á buscar el origen de sus estravíos, quizás se encontraria que el mundo, que los condena, tiene la culpa de ellos y de su desgracia!...

IV.

Despues de la fraccion del pueblo que vive en la miseria, tengo que hablar de otra que *vegeta*, pues arrastra una vida infinitamente mas trabajosa que la que sufre de lleno la pobreza.

Me refiero á los pobres artesanos que cuentan por todo recurso con cuatro, cinco, ó á lo sumo, seis reales de jornal.

Estas pobres gentes, como ya dije en mi artículo primero, tienen que dejar tambien á sus hijos en un completo abandono hasta los ocho años; y, como tambien dejé ya apuntado en dicho artículo, al cumplir esta edad, sus padres, obligados por su pobreza, y pensando en el *hoy* sin acordarse del *mañana* porque el hambre no tiene espera, buscan el modo de que se ganen para sí el necesario alimento cuando menos, ya que no les sea dado cooperar al sosten de la familia.

Las niñas van á casa de algun sastre, ó á alguna tienda de calzado, donde trabajan doce ó catorce horas por dos ó tres reales.

Otras, á la edad en que todavía necesitan de los cuidados maternos, entran á servir y se las encarga del cuidado de una ó mas niñas poco menores que ellas.

Por lo regular, no suele haber muy buenos ejemplos á la vista de estas desgraciadas criaturas: además la servidumbre, por mas que se quiera decir, es siempre dura, é imprime un sello de amargura en el corazon del que la ejerce.

Esas niñas, que cosen elegantes brodequines, se preguntan, al verse su pobre calzadillo roto, ¿qué mas méritos que ellas han contraído las elegantes niñas para quienes trabajan? las que, en casa de una modista son relegadas á lo mas oscuro de la trastienda por lo roto y miserable de su trage, se hacen igual pregunta, y cuando sus salarios las han permitido

comprar otro nuevo y son admitidas en medio de sus compañeras, rodeadas casi siempre de jóvenes desocupados: cuando se aproximan á los quince años y la sangre bulle en sus venas; cuando se ven seguidas y requebradas por sus gracias; cuando las hacen ofertas tentadoras y halagüeñas, esas niñas, que se han criado sin ninguna idea de religion ni de moral; esas niñas, que no saben rezar, ni leer, ni escribir, que no saben mas que lo que la necesidad ó el egoismo de sus padres las enseñó para que no se murieran de hambre, esas niñas sucumben á la tentacion, como no puede menos de suceder, y se pierden para toda su vida.

¡Ah! pobres seres! Abandonados durante vuestra infancia, seducidos en vuestra adolescencia, llegais á ser en vuestra juventud la afrenta de vuestro sexo, sin tener otro porvenir para vuestra ancianidad, que una existencia llena de enfermedades y miseria, el desamparo, la mendicidad y el odio de ese mundo, que no supo apreciaros, ni quiso protegeros!

V.

Ya dije tambien y repito ahora que me abstendré de censurar al pueblo, porque casi todas sus faltas son originadas por la miseria, de la cual es la víctima, y porque al mismo tiempo sufre el castigo de todos los extravíos á que su pobreza le impele.

Lo que si voy á hacer con toda la fuerza de mi débil voz, es reclamar para el pueblo el amparo del gobierno, que es el único que puede y debe remediar tantos y tan lamentables males.

Institúyanse escuelas gratuitas para el pueblo donde sus hijas aprendan los sanos principios de la religion y de la moral, único preservativo de todo mal pensamiento; única fuente de resignacion, donde se aprende á sobrellevar la pobreza, y á respetar los designios del Criador.

Hágase que permanezcan en ellas esas desgraciadas criaturas, no hasta una fecha rutinaria é igual pra todas, si no hasta que sepan material é intelectualmente cuanto deben saber para ser buenas y ganarse su sustento.

Se me dirá que ya existen esas escuelas gratuitas que reclamo; pero yo he visto esos asilos de la infancia desvalida y lejos de bastar al fin necesario de moralizarla, solo sirven para despertar los malos instintos de las criaturas que se cobijan en ellos.

Sé de uno en donde entré por curiosidad y en el cual presencié todo cuanto necesitaba para abominar la *enseñanza gratuita* tal como está instituida.

En una sala húmeda é insalubre, habia reunidos dos docenas de muchachos de ambos sexos, sin otro asiento que unos banquillos de madera, sin otra ocupacion que gritar, pegarse, correr y empujarse.

En tanto que yo permanecí allí, llegaron ocho ó diez mas: cada uno traia una cestita con un regular almuerzo, lo cual contrastaba no poco con la pobreza de sus trages ó mejor dicho, de su desnudez.

Sin duda, para recibir los almuerzos, mas bien que por atencion á mí, estaban allí el maestro y la maestra, personas no tan simpáticas como hubiera sido de desear: ellos mismos me dijeron que no se admitia á ningún párvulo sin almuerzo, y luego supe que á una hora dada, salian todos los cestillos de la custodia de los maestros que los entregaban á los niños, los cuales devoraban su contenido sentados en el suelo y empleando sus dedos por trinchantes y por manteles sus propios vestidos.

En esta escuela como he dicho, no se admite á ningún niño ó niña que no lleve almuerzo, cuya condicion *sine qua non*, pensando cristianamente, favorece muy poco á los preceptores.

Me informé despues del método de educacion que se daba á los párvulos y del motivo porque no estaban separados los niños y las niñas y recibí de los *profesores* las siguientes satisfactorias respuestas.

Se les enseña únicamente á leer en carteles fijos en la pared y la doctrina, si es que la quieren aprender.

Cuando alguno, por su rudeza, aburre á los *profesores* se le aplican algunos golpes *ad-libitum* con una palmeta, cetro que empuña como símbolo de su dignidad de verdugo una mujer cuya mision parece ser mas bien la de ahuyentar á la infancia, que la de instruirla y protegerla.

Cuando los párvulos saben leer, se les echa á la calle, porque á las niñas no se las permite llevar labor alguna.

En cuanto á la moral y decorosa medida de tener juntos á los niños y á las niñas, se me dijo que eran tan cortos los honorarios de los *profesores* que no alcanzaban á pagar mas que una habitacion.

Este colegio, que en el dia existe en la corte de las Españas, tiene en ella otros muchos parecidos y bien se deja conocer que él y todos los de su clase son mas perjudiciales que útiles.

No negaré que haya otros gratuitos, donde se da una educacion decorosa y una sólida enseñanza; pero en estos solo se admiten á las huérfanas de militares ó á las niñas que tienen

ciertos requisitos que exigen sus instituciones y por consiguiente están escluidas de ellos las infelices hijas del pueblo que no cuentan con otro requisito, que haber nacido sin recursos, para exigir que se las dé una educacion que su desgracia no las permite costear.

Institúyanse, pues, otros en que estas logren una enseñanza sólida y cristiana; prohíbase esa vergonzosa mendicidad pública, obligando á los padres á enviar á sus hijos á educarse de día y á tenerlos recogidos por la noche: pónganse al frente de los establecimientos de instruccion personas ilustradas y dotadas con honorarios suficientes á mantenerse con la precisa decencia; y cuando esas criaturas vayan á ganarse su vida, tendrán por escudo la sana moral, y los principios religiosos, que son la base de todas las virtudes y la egida de todas las tentaciones; y finalmente, reflexione el gobierno que le será mas fácil moralizar al pueblo mejorando su educacion, que castigando sus excesos y que el destino de nuestra hermosa y desgraciada patria será mas feliz y estable el día en que el leal pueblo español vea á su frente, á una autoridad severa y bienhechora que ilumine su ignorancia y premie sus virtudes!

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

AMOR DE LOS AMORES.

I.

A la orilla del rio
Te vi una tarde,
A la orilla del rio
De Manzanares.
Y desde entonces
Eres único objeto
De mis amores.

Niña, ¿qué es lo que hiciste
Para hechizarme?
¿Qué es lo que hiciste á orilla
Del Manzanares?
Mas ya recuerdo
De tus dulces hechizos
Cuál fué el primero.

Iba el sol á esconderse
Tras la montaña,
Melancólico y triste
Como mi alma.
Y en la pradera...
Era todo silencio,
Todo tristeza.
Mas sonaron cantares

Allá á lo lejos
Y á nosotros llegaron
Estos acentos;
Sin duda quejas
De un alma que anhelaba
Lo que la nuestra:

"Quien vive sin amores
Muriendo vive,
Que es la vida sin ellos
Sol en eclipse,
Fuente sin agua,
Arbolito sin fruto,
Cuerpo sin alma."

Un profundo suspiro
Lanzaste, niña,
Suspirando mostraste
Lo que sentias;
Y desde entonces
Eres único objeto
De mis amores.

No puedo desecharte
Del pensamiento,
Pensar en tí es mi gloria,
Contigo sueño.
Sin tí no vivo,
Por tí adoro la vida,
Por tí respiro.

Por tí ambiciono gloria,
Por tí riquezas,
Por tí pulso la lira
De los poetas.
Y por tí espero
Yo, mísero gusano,
Tocar el cielo.

Idolátrame, niña,
Cual te idolatro:
Si cariño ambicionas
Ven á mis brazos;
Pues en la tierra
*Imposible es que encuentres
Quien mas te quiera.*

II.

Tú tal vez no comprendes
El amor mio,
Que pocos en el mundo
Le han comprendido.
Que por desgracia
No es el alma del vulgo
Como mi alma.

Antes de confesarte
Que te queria,
Se apellidaron otras
Amadas mias;
Y es fácil que esas
Te digan, amor mio,
Que no me quieras.
Si te dicen que el alma

Tengo de nieve,
Diles que me calumnian,
Diles que mienten.
En suma, diles
Que segun me quisieron
Asi las quise.

Angel de la poesía
Y el sentimiento,
Si revuelas en torno
De la que quiero,
Dile, ángel, dile
Si revolaste en torno
De las que quise?

Poco me importa, niña,
Que no resuene
Una lira en las manos
De las mujeres;
Pues bien sé, niña,
Que á deberes mas santos
Dios os destina.

Mas quiero que resuene
Siempre en su alma;
Eso quiero en vosotras,
Eso me basta.
Y así no siendo,
Mi corazon ardiente
Se torna hielo.

Mirada, voz, suspiros,
Todo revela
Que esa lira en tu alma
Dulce resuena.
Y hé aquí el motivo
Por qué eres dulce objeto
Del amor mio.

Hé aquí por qué bendigo,
Niña, la tarde
Que te ví en la ribera
Del Manzanares,
La tarde, niña,
Que un suspiro me dijo
Lo que sentias.

Bajo el florido techo
De mi cabaña,
Mas amor tendrás, niña,
Que en un alcázar.
Mas dulce siempre
Será, niña, tu sueño
Que el de los reyes.

Ven y goza el tesoro
De mi amor, niña,
Pues con él ha de serte
Dulce la vida.
Pues en la tierra
*Imposible es que encuentres
Quien mas te quiera.*

ANTONIO DE TRUEBA.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

III.

LA DESPEDIDA.

"I fly like a bird of the air
in search of a home andorest."

Byron.

Desde aquel dia Silvina de Chateau-Fort quedaba por completo á merced de la Bonmarché, que no pensó ya mas que en halagar la pereza de su hermosa educanda, para reducirla poco á poco á la nulidad. Informada por su aya de que desde aquel dia era ya libre para emplear sus horas como mejor le pareciese, Silvina esperimentó una alegría tal, que cualquiera hubiera tomado aquella manifestacion por la espresion de un sentimiento mas noble y apasionado. Dirigiendo á Magdalena una mirada de profunda gratitud, la atrajo dulcemente hácia su asiento, estrechándola contra su corazon, y prodigándola las frases mas tiernas.

Aquella mujer era para ella un tesoro. Llevando por completo las riendas de la casa, libertándola de todo cargo doméstico, de todo cuidado, acababa tambien de relevarla de aquellas pesadas é intolerables lecciones de dibujo y de bordado, de aquellos rarísimos momentos, en que despues que sus negras le enhebraban la aguja y le sostenian la tela, se dignaba dar tal ó cual puntada; de aquellos ratos de fastidio y mal humor en que tomaba el lápiz de manos de Magdalena, para trazar con él algunas líneas descuidadas que el aya tenia siempre que borrar.

¡Cuán triste le pareció entonces la condicion de Laura, que apenas descansaba un momento y adelantaba prodigiosamente de dia en dia!

Cuando Laura oyó de la boca de Silvina la inconcebible nueva de que ya no pensaba *trabajar mas*, una sonrisa sarcástica asomó en los labios de la espiritual catalana que sabia mejor que otro alguno lo que habia trabajado en este mundo la señorita de Chateau-Fort.

—Pero.... es decir que ya has concluido tu

educacion? le preguntó con cierta espresion de finísima ironía.

—Bah! respondió Silvina balanceándose; somos ya demasiado grandecitas para dar leccion.... una jóven como nosotras es vorgonzoso que se sugete á su aya como una niña que teme los azotes.

—Pero, Silvina, eso irá conmigo que cuanto ya tres años mas que tú, y sin embargo, no me avergüenzo de seguir estudiando lo que ignoro; respondió Laura con dignidad. En cuanto á tí...

—En cuanto á mí, querida Laura, sé ya mucho mas de lo que necesito, teniendo á mi lado á Magdalena y no quiero trabajar mas.

Laura calló: aquel argumento no tenia réplica.

Los meses pasaron y aun los años. Laura adquiria cada dia nuevos conocimientos y enriquecia su espíritu para el porvenir. Silvina entregada á su dulce pereza, se gozaba en verse rodeada por Magdalena de todos los refinamientos de la moda, y su cuerpo grueso ya en demasía para una niña, iba adquiriendo una especie de obesidad que en nada deslucía su belleza.

El propietario se felicitaba cada dia mas de haber sellado sus labios: cuando Silvina daba de vez en cuando sus lecciones, se dibujaba con frecuencia en la blanca frente de la hermosa niña una sombra de mal humor que la hacia arrugar el entrecejo; pero desde que habia dejado de ser educanda para ocupar el rango de señorita, su hermosura se habia perfeccionado por decirlo así, la sonrisa vagaba siempre en sus labios del mas puro coral, y en sus ojos negros y adormidos brillaba una tranquilidad envidiable, una vaguedad encantadora como la de los transparentes lagos del nuevo mundo.

Hemos dicho antes que su obesidad en nada disminuía su belleza, sus robustos brazos y su torneado cuello eran de una perfeccion admirable, su cutis fino y sonrosado era digno de una Venus, y su perezosa magestad tenia algo que seducía; el ente material era magnífico, pero la materia crecia á espensas del espíritu, y el ente moral distaba poco del idiotismo.

Aunque los Palmerolles tuvieran los labios cerrados por la gratitud; aunque los esclavos y los capataces la adulasen por miedo, no faltó quien censurase la predileccion del plantador hácia la Bonmarché, echando sobre esta la mancha de que usurpaba á Silvina el mando que por derecho le pertenecia.

Magdalena, que con tanta facilidad habia orillado hasta entonces todas las dificultades, se puso en guardia y ordenó su plan de ma-

nera que aquella circunstancia redundase en aumento de su poder.

Silvina iba á cumplir quince años; la Bonmarché dispuso para aquel dia un espléndido banquete para el que fué invitada por ella toda la familia de Palmerolles, á la que continuaba siempre dispensando las mayores distinciones.

La alegría y el buen humor reinaban aquel dia en el ingenio.

Las negras consagradas al servicio de la niña vestidas de gala ostentaban en sus abigarrados trages las mas estrañas anomalías; los negros bailaban y entonaban á compás sus melancólicos y cadenciosos cantos, pues la señorita Bonmarché que costaba *de su bolsillo particular* aquel obsequio á la señorita Silvina, habia querido que los esclavos participasen tambien de la felicidad y la alegría de sus señores.

Cerca de la mesa y favorecido mas que ninguno de sus amos, servia las copas el arrogante mulato de la Martinica, el fiel Ascanio, encargado de velar el sueño de su señor.

Jóven, robusto, vanidoso con su chaqueta y su pantalon blancos como la nieve, alzaba de vez en cuando sus negros ojos, recorriendo con ellos todo el círculo de convidados, que se reducía á seis personas, las tres de la casa de Chateau-Fort, y las de la familia de Palmerolles.

Entonces operábase en aquel rostro amarillento un cambio particular casi imperceptible, pero que reflejaba en un segundo todas las sensaciones de un corazon agitado por una pasion violenta y devoradora.

Felizmente para Ascanio, el cutis del mulato, menos trasparente que la blanca y fina piel de los europeos, no deja traslucir con tanta facilidad las emociones; alfabeto casi desconocido para nosotros, no sabemos leer en aquellos rostros cobrizos si la pasion que los agita es el amor ó el odio, y las mas veces ni nos apercibimos siquiera de si gozan ó sufren.

Esto fué cabalmente lo que sucedió á Ascanio; sus profundas miradas, sus ahogados suspiros pasaron desapercibidos para aquel grupo de amigos, que se solazaba alegremente en un animado banquete de familia.

A los postres, Magdalena se levantó y con una espresion verdaderamente teatral, manifestó á Chateau-Fort que pues la señorita Silvina acababa de cumplir quince años, su mision habia concluido, debiendo encargarse la señorita desde aquel dia de la direccion interior de la casa.

—Yo voy, añadió enjugando con su pañuelo las lágrimas que asomaban á sus párpados

desnudos de pestañas; voy queridos amigos míos á ilustrar otras inteligencias, voy á dejar el nido donde corrieron para mí tantos días felices! dichosa yo, si al dejaros dejo tambien un recuerdo eterno en el corazon de esta hermosa niña, á la que he tenido la dicha de servir de madre.

Chateau-Fort y Silvina, atónitos al oír tan extraña é inesperada despedida no hallaban frases bastantes enérgicas para detener aquella muger, sin la cual no concebían ya la felicidad.

—No, no, exclamó al fin el propietario, no nos dejareis, no tendreis la crueldad de abandonar unos amigos que tanto os aman.... vos no teneis ya que pensar jamás en buscar otras familias á quien ilustrar, Magdalena.... estais para siempre en vuestra casa!

Silvina le tendió los brazos con tal espresion de cariño, que la institutriz se precipitó en ellos derramando copiosas lágrimas y llenándola de besos.

—No os ireis, no, no aya mia! murmuraba Laura besándola la mano con un acento de tierna gratitud, que llegó hasta el corazon de Magdalena.

—Siempre, siempre entre vosotros, decían á una voz los Palmerolles.

—No nos dejareis, no es verdad? repetía Chateau-Fort fuera de sí contemplando el rostro pálido y gastado de Magdalena.

—Su Melsé no querrá dejar á los pobres esclavos que tanto la.... aman.... añadió Ascanio lanzando sobre la institutriz una mirada de fuego, que fijó casi al mismo tiempo sobre su amo.

Al eco de aquella voz todos volvieron la cabeza á un mismo tiempo con asombro. Tal vez no se habia verificado jamás que el mulato que servia constantemente las copas se hubiese atrevido á mezclarse en las conversaciones de sus señores, y Magdalena misma se desprendió de los brazos de Silvina enderezándose con sobresalto, y disponiéndose á interceder por el que así infringía las severas leyes de la servidumbre.

Pero cuando Chateau-Fort volvió los ojos hácia el mulato, Ascanio fijó en él una sonrisa tan llena de sumision, que el propietario que le tenia particular afecto y que le miraba como el custodio de su vida, le puso alegremente la mano sobre el hombro, elogiando las palabras que se habia atrevido á dirigir á la señora Magdalena.

—Lo veis? lo veis, mi querida amiga? le decía presentando á la luz las anchas facetas del grueso diamante que ostentaba en su anillo; Ascanio como fiel criado, ama todo lo que

aman sus señores. Oh! no os ireis!... no, no!

Magdalena echó una mirada singular en derredor suyo, y se puso pálida como la cera; Silvina y Laura la tenían ambas manos estrechándoselas con la mayor ternura.

—Me venceis, amigos míos, me venceis, dijo al fin enjugando sus ojos; seguiré con vosotros pues que así lo deseais; pero ya lo he dicho antes, señora, añadió dirigiéndose á Silvina, he concluido mi mision. Hasta ahora erais niña, desde hoy sois el ama, dejo de ser aya para confundirme entre vuestros mas fieles servidores.

—Jamás! exclamó Chateau-Fort rehusando las llaves que Magdalena le entregaba.

—Jamás! murmuró la perezosa inclinando su hermosa cabeza como abrumada por las palabras de Magdalena. ¡Yo ama! ¡ah! vos no querreis asesinar me, mi querida Bonmarché. La idea de regir la casa me causaria la muerte.... tened compasion de mí!

—Pues bien, mi querida niña, respondió Magdalena estrechándola contra su corazon, yo seré para vos todo lo que querais; yo seré la que siempre á vuestro lado, os liberte de todo cargo, de todo peligro, yo velaré vuestro sueño, besaré vuestra frente y adivinaré vuestros mas secretos deseos; pero os lo repito, de hoy mas vos sois la señora que ordena, yo la esclava que obedece y ama.

—Si, si, mi querida aya, todo lo que querais.

—Llamadme Magdalena.

—Pues bien, Magdalena, juradme que no me abandonareis nunca.

—Os lo juro, dijo la Bonmarché poniendo las manos sobre el pecho.

Silvina la abrazó de nuevo y Laura besó con efusion la mano, que aun estrechaba entre las suyas.

Ascanio dejó percibir un ligero temblor y sus grandes pupilas negras brillaron como dos luceros sobre el blanco mate de sus ojos.

Chateau-Fort entusiasmado colocó en la mano de Magdalena el brillante que ostentaba en la suya y la institutriz que descendia al parecer al empleo de camarera, ascendia en realidad á la categoría de dueña absoluta de la Residencia.

IV.

ASCANIO.

"The cold in chine, are cold in blood,
"Their love can scarce deserre the name
"But mine is like the lara Flood.
"That boils in atetna's breast of lame."

Byron.

Hemos llegado á la época en que comienza nuestra historia.

Entre las negras que rodeaban á Silvina habia una hermosa muger como de unos 40 años que merecia de su ama particular y fundada predileccion; era su nodriza.

Enroscada como una oruga sobre las esteras de la India primorosamente pintadas, se la veia siempre á los piés de Silvina amándola como ama una madre, prodigándola sus cuidados durante el dia, durmiendo cerca de su lecho por la noche y gozando de todas las comodidades que rodeaban á su hija.

Era Maria Antonia tan buena, tan excelente, que nunca habia tenido el menor choque con la Bonmarché, cosa increíble atendida la irritabilidad de la francesa cuyo genio dominante hacia temblar á todos los esclavos del ingenio.

Un dia sin embargo, oyó Silvina desde su butaca un altercado bastante fuerte que la hizo sacudir por un momento su habitual apatía. Dos voces de muger á cual mas desentonadas sostenian una disputa creciente en la que sonaba su nombre á cada sílaba.

Eran la Maria Antonia y la Bonmarché. Silvina que á las dos amaba, que á las dos necesitaba y que no podia vivir sin ellas, tiró fuertemente del cordon de la campanilla, creyendo que ambas acudirian al instante.

Nadie acudió, la disputa seguia cada vez mas fuerte.

Silvina roja de cólera al verse desatendida, hizo un esfuerzo sobre sí misma y se encaminó lentamente hácia la puerta de su gabinete que abrió con violencia de par en par.

La Bonmarché echaba fuego por los ojos, sus cabellos recortados salpicados de líneas grises se encrespaban como los del erizo, y su boca proferia toda clase de injurias mezcladas con las interjecciones francesas mas disonantes.

Maria Antonia no era ya la humilde esclava enroscada como un falderillo á los piés de su ama. Erguíase alta y bien formada dominando á la Bonmarché por su estatura, por su noble indignacion y sobre todo por su mirada de águila llena de magestad, si es que la cólera puede ser alguna vez magestuosa.

Al ver á Silvina ambas quedaron en silencio; ninguna de las dos habia contado con que la Niña se levantase.

La Bonmarché prevaleiéndose de su nuevo título de camarera reclamaba el derecho de vestir á su señora, y Maria Antonia cumpliendo fielmente con los deberes de madre, no habia consentido jamás que otra mano profana tocase al cutis blanco y satinado de su Niña, ella que conservando hasta el dia su honroso privilegio habia visto convertirse su inocente

hija en una robusta y hermosa jóven, se levantaba con toda la fuerza de su espíritu para oponerse á aquella innovacion que le arrebatava la mayor de sus dichas. Sí, porque Maria Antonia, aparte del estremado cariño que la profesaba, tenia un placer particular en vestir la Niña, en aprisionar sus piecitos en un zapato de raso blanco, como una niña goza vistiéndolo y desnudando sus muñecas.

En vano la Bonmarché agotaba toda su elocuencia para persuadir á la negra, la madre defendia el terreno palmo á palmo y no cedia un ápice de su derecho.

Silvina la contempló algunos minutos en silencio, la lucha de aquellas dos mugeres que se disputaban el placer de vestirla, de mimarla, de soportar sus caprichos, casi la enternecia: las frases de Magdalena eran tan cómicas, tan sentidas que Silvina se creia arrastrada hácia ella y hubiera concluido por ceder, pero alzó los ojos hácia Maria Antonia y halló en su mirada tanto amor, tanta desesperacion en sus facciones, que la naturaleza triunfó y alargando á la nodriza su perfumada mano:

—¡No llores no, Maria Antonia, le dijo con emocion, tú me vestirás como me has vestido desde que nací, tú serás siempre mi madre!

—Bendita, bendita la Niña! replicó la nodriza llenando de besos la mano de su hija y humedeciéndola con sus lágrimas.

La cólera mas viva arreboló un momento la estrecha frente de Magdalena, que lanzó sobre la negra una mirada furibunda, pero Silvina que como hemos dicho amaba á la Bonmarché porque no podia vivir sin ella, se apoyó en su brazo y la rogó condescendiese con aquella exigencia hija del cariño y repitiéndola una y mil veces el vivo afecto que la profesaba le exigió de nuevo la promesa de no abandonarla jamás.

Magdalena afectó una gran resistencia que Silvina se esforzó en vencer y un gracioso anillo de esmeraldas que brillaba en las rosadas manos de la perezosa vino á colocarse en los descarnados dedos de Magdalena al lado del gran diamante rosa que habia adornado tantos años la mano del plantador.

Aparte de este incidente, la mejor armonía reinaba siempre entre las dos mujeres que mas cerca estaban de la Niña; ambas la mimaban, ambas recibian de ella frecuentes dádivas, porque Silvina era pródiga hasta el despilfarro, y ambas se servian con la mejor voluntad, porque Maria Antonia, casi tan perezosa como su ama gozaba con holgar y cantar recostada á los piés de su niña, dejando ancho campo á Magdalena para gobernar la casa segun su deseo, y la Bonmarché á su vez intercedia con

el plantador para que perdonase á los esclavos á quienes Maria Antonia profesaba un tierno y fraternal cariño.

Entre los esclavos de Chateau-Fort, descolaba por su hermosa figura un jóven de diez y ocho á veinte años, cuyas buenas prendas morales oscurecian las perfecciones de su fisico.

Zafiro era de gallarda estatura, de cútis cobrizo y reluciente, ágil trabajador, inteligente y el mas sumiso de los esclavos del ingenio. Sus ojos llenos de dulzura y su resignada sonrisa, le habian conquistado las simpatías de Ascanio y feliz Zafiro con la amistad del mulato, casi echaba en olvido su condicion de esclavo.

Llegado á los diez y ocho años Zafiro se enamoró perdidamente de una de las negras destinadas al servicio de la señorita Silvina y nunca el amor habia reunido dos almas mas hermosas. Gallarda, dulce y apasionada era Maria de Jesus, una de las mas bellas esclavas de la isla, sus ojos negros, grandes y melancólicos brillaban como dos soles, su cútis fino y satinado solo se parecia al de sus compañeras en el color y sus dos filas de dientes blancos y menudos como cuentas de marfil estaban cubiertos por un labio grueso y encendido como el coral, que revelaba todo el fuego que se anidaba en aquel corazon jóven y apasionado.

Maria de Jesus escepcional en todo, no fumaba, no gritaba ni proferia espresiones picantes. En tanto que sus compañeras blasfemaban fumando sendos puros y pavoneándose con los hombros y el pecho desnudo, ella permanecia callada cosiendo ó bordando finísimas holandas para la niña, y buscando siempre á Zafiro con los ojos. Sus brazos estaban desnudos á la usanza de América, pero nada mas que sus brazos. La mas bella de las cualidades de la hermosa esclava era el pudor, el pudor de la vírgen educada en el retiro del claustro y que se estremece á la idea de que una mirada profana venga á fijarse sobre su cuerpo virginal.

Maria de Jesus á despecho de las burlas de sus compañeras, llevaba siempre cubierto el pecho y los hombros con un finísimo pañuelo de muselina de la India, sus cabellos ensortijados recojidos en una redecilla de seda bordada de azabache, aunque cortos y ensortijados eran brillantes y suaves como la seda.

Si Ascanio hubiera amado menos á Zafiro, no hubiera titubeado en asesinarle para robarle su novia, pero le amaba tan de veras, estaba tan seguro de que Zafiro le pagaba su afecto con creces, que devoró en silencio su pasión y juró en lo mas íntimo de su conciencia pro-

teger en cuanto le fuera dable á los jóvenes amantes.

Poco acostumbrado el mulato á vencerse á sí mismo, desesperado por el amor sin esperanza que alimentaba, se propuso curar su herida con otro amor nuevo, y ambicioso como lo son en general todos los de su raza, soñando con amar á una muger que valiese mas que la esclava se atrevió á fijar los ojos en Magdalena.

Por el retrato que de ella hemos hecho antes comprenderá el lector que Magdalena valia muy poco, pero Ascanio era mulato y la Bonmarché era europea, era blanca, fina, perfumada, tocaba y cantaba con una voz que le seducia y sobre todo hablaba el mismo idioma que Ascanio y esta era una de las prendas para él mas recomendable.

Aunque Magdalena no hubiese poseído ninguna de estas habilidades encantadoras, una sola circunstancia bastaba para empeñar á Ascanio en aquella conquista. Magdalena era el ama del ingenio, era la querida del plantador.... ¡ah! ser amado de la querida del propietario que se creia omnipotente! La vanidad de Ascanio inflamaba su ardiente corazon, que parecia querer salir del pecho.

Aunque satisfecho de su colosal estatura, aunque gastando hora tras hora en la composura de su traje, antes tan descuidado, el mulato no se atrevia á dar el primer paso en aquella arriesgada empresa, y cuando en el banquete dado por Magdalena para obsequiar á Silvina, se escaparon de sus labios algunas palabras que no pudo contener, tembló delante de su amo creyendo que su secreto acababa de revelarse á despecho suyo.

Pero no fué así; nadie vió en las palabras de Ascanio mas que un gracioso atrevimiento autorizado por la confianza que le dispensaba el plantador, y solo Magdalena se estremeció porque se habia encontrado con la mirada profunda del mulato, lanzada en seguida como un rayo sobre el plantador.

Aunque nunca se habia atrevido á dirigirle la palabra, Magdalena huía de Ascanio como del fuego, y sin saber por qué un año entero guardó el mulato en su pecho la pasión que le consumia y que tomaba cada dia mas incremento. Nada habia sospechado Chateau-Fort, y sin embargo no estaba por eso muy tranquilo.

Apenas se encontraba solo con la Bonmarché, el mulato hallaba ocasion para entrar y salir, cortando siempre sus galantes coloquios y permaneciendo en la estancia con pretextos tan bien ideados que era casi imposible alejarle.

Chateau-Fort se irritaba por aquel espionaje incesante y sin embargo érale imposible chocar de frente con un atleta que era el encargado de proteger su existencia contra toda eventualidad de las que acontecen con tanta frecuencia á los plantadores.

Por lo mismo que le temia redobló sus finezas y sus halagos y por mas que en su interior sintiese un enfriamiento particular hácia él, supo disimularle con tal maña, que Ascanio se creyó seguro de toda sospecha por parte de su amo.

Chateau-Fort, no podia explicarse lo que le pasaba, miraba una y otra vez al mulato y cada vez le encontraba mas gallardo, mas dulce, mas insinuante; nunca le habia parecido tan hermoso.

En cuanto á Magdalena, preocupada con aquellas miradas y aquel espionaje temblaba al menor ruido, y no se atrevia á levantar los ojos hácia su perseguidor, de miedo de encontrarse con la furibunda mirada del propietario.

Una tarde bordaba Magdalena en su cuarto; el sol se ocultaba ya en Occidente y sus últimos rayos amortiguándose por grados solo dejaban penetrar una claridad templada, precursora de la deseada hora del crepúsculo.

Aunque el calor disminuía por momentos, las cortinas estaban corridas y la Bonmarché se entregaba con toda libertad á una dulce meditacion que ningun ruido profano habia venido á interrumpir. Aunque situada su habitacion en el piso bajo no lejos de la Niña, Magdalena podia considerarse completamente sola en aquella hora. Chateau-Fort habia salido á caballo con Palmerolles y algunos esclavos, y debia volver tarde.

Silvina recostada en su butaca dormia profundamente como si fuese la primera hora de la siesta, y á sus pies enroscada y apoyada la cabeza en las rodillas dormia tambien Maria Antonia el sueño tranquilo del que ni teme ni espera. Al rededor roncaban las demás negras tendidas en sus esteras de junco; todo estaba en silencio.

Magdalena cerraba de vez en cuando los ojos como si quisiese apartar una vision, su imaginacion exaltada le representaba á cada momento el mulato cuya mirada queria evitar, y entonces un estremecimiento glacial recorria todos sus miembros helándola de miedo.

¡Cual fué su asombro cuando al abrir los ojos vió delante de sí al gallardo Ascanio, que fijaba en ella sus hermosas pupilas llenas de fuego.

Magdalena iba á exhalar un grito, pero un gesto suplicante del mulato hizo espirar la voz

en su garganta. Ascanio se arrodilló resueltamente á sus piés, y murmuró con voz insinuante:

—Señora Magdalena... yo.... os.... amo....

En vano trató Magdalena de balbucear algunas palabras severas, su lengua se trababa; por mucho que sospechase, nunca creyó que un mulato se atreveria á decirle tan resueltamente que la amaba.

Aquella franqueza inesperada ofendió de tal manera su orgullo, que levantándose con altivez tocó con su zapatito de raso las rodillas del mulato y murmuró con voz entrecortada por la cólera.

—¡Salid, miserable!

—¡Señora Magdalena! respondió Ascanio besando respetuosamente el pié que le rechazaba, ¡tened piedad de mí!.... de mi amor.... de vos misma.... ah! ¿qué vale el amor del plantador al lado de la pasion de Ascanio? ¿Señora Magdalena, sabeis lo que es mi amor? ¿Sabeis lo que es el amor ardiente de un mulato?

Magdalena le rechazó de nuevo con una sonrisa de desprecio, que encendió como un volcan el amor propio del hombre de color.

—Pues bien, la dijo levantándose y rechinando los dientes como un desesperado, vos lo quereis.... ¡vos Maria Fleurette.... vos....

Magdalena dejó entonces escapar un ligero grito y se apoyó en la silla para no caer.

—¡Maria Fleurette! repitió el mulato acercándosele de nuevo.

—Ah! ¡silencio, silencio por Dios! exclamó Magdalena juntando las manos.

—¿Vos que pasais á los ojos del amo por una gran señora, por una honrada viuda, añadió implacable Ascanio; vos me rechazais? Ah! ¡pobre y gastada heroina de la ópera! ¡Yo soy el que os desprecio á vos que sereis la befa del ingenio!

—Oh! ¡tened piedad de mí, murmuraba Magdalena dirigiendo hácia todas partes sus ojos espantados.

—¿Piedad?... ah! no la mereceis! repuso el mulato con orgullo, vos que os atrevisteis á rechazar con el pié á un hombre que os amaba, vos pobre corista sin mas nombre que la celebridad de vuestras aventuras de bastidores.

Magdalena se cubrió el rostro con las manos y las lágrimas de la vergüenza rodaron por entre sus delgados dedos cubiertos de piedras preciosas.

Ascanio se sintió conmovido, aquella pobre mujer se habia hundido bajo el peso de sus palabras, y ni aun tenia fuerzas para defenderse.

—Os compadezco, murmuró el mulato con emocion, os compadezco, Maria Fleurette.... ah! por qué me habeis hecho hablar!

Magdalena dejó caer la cabeza sobre el pecho con el mas profundo abatimiento.

—¿Me perdonais, Maria? le preguntó con una voz llena de ternura.

—Por lo que mas amais en el mundo llamadme Magdalena, balbuceó la institutriz con voz suplicante.... el nombre de Maria le he olvidado ya.... hace muchos años, añadió pasándose la mano por la frente cubierta de sudor.

Ascanio dió algunos pasos hácia adelante y fijó en Magdalena sus negros y apasionados ojos.

Magdalena sintió aquel aliento de fuego que abrasaba su frente, y comprendió que no tenía ya valor para rechazarle con el pié.

—¡Ah! vos teneis en vuestras manos mi vida, murmuró con desesperacion.... mas que la vida.... mi reputacion.... mi....

—No os comprendo.... respondió Ascanio devorándola con los ojos, no recuerdo ninguna de mis palabras, solo sé que os amó como un loco.

Entonces resonaron en el patio las pisadas de los caballos.

—¡Ah! exclamó Magdalena retorciéndose las manos con desesperacion.

—Señora Magdalena.... yo os amo.... murmuró de nuevo Ascanio arrojándose á sus piés.

Magdalena le alargó su mano cubierta de anillos, y el mulato imprimió en ella un beso de fuego, desapareciendo en seguida con la velocidad de un ave.

Magdalena corrió á la escalera á recibir á Chateau-Fort, que venia quejándose de su dolor del hígado.

Al chasquido del látigo y al trote de los caballos, las negras se despertaron sobresaltadas, en tanto que su jóven ama dormitaba todavía hundida en su butaca de raso carmesí.

Cuando Silvina abrió por fin los ojos era ya de noche.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

DE CONTRA PEREZA DILIGENCIA.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del modo de hacer los gorritos y casquetes para los niños. Continuacion.

42. Si se quiere que el fondo del gorro tenga picos, los cuales sobresaliendo de la ori-

lla formen una diadema estrecha al rededor de dicho fondo, se cogerán unos doce puntos, que se harán aparte y con la lana del fondo, mientras los otros quedarán parados: luego se alzan todos los puntos al rededor de ellos, y en seguida se hacen de cuatro á seis vueltas de puntos del revés, lo cual concluido se acaba con la cadeneta acostumbrada, y se pasa á otro pico hasta el fin. Despues se cogen otra vez los puntos por debajo, y se continúa así la cenefa de dos ó tres pulgadas de ancho, ya sea haciendo dos vueltas de puntos *sobrecargados* ó ya en una misma vuelta dos puntos *sobrecargados* y dos de *calado*. Para las demás combinaciones de calados se verá lo que dentro de poco diremos del punto de calado.

Del modo de hacer los pantalones.

43. Lllaman vulgarmente en Francia á todas las piezas de punto, cuando su labor es redonda como una media, *sacos*. Así pues para los pantalones se necesitan dos de estos *sacos* de diez y ocho pulgadas de ancho y de cincuenta á cincuenta y dos de largo; cuyos sacos se cosen juntos luego que habiendo llegado á los dos tercios de su largo, ya no se tienen que hacer separadamente. Desde entonces pueden reunirse las catorce agujas y hacerse los dos sacos en una banda ó faja ancha, que se va creciendo sin cesar de cuatro en cuatro puntos á la mitad de ellos. Cada saco ó pierna de estas se hace con siete agujas: sobre seis de ellas se reparten los puntos, y la sétima queda de repuesto. Dichas piezas pudieran hacerse á lo ancho, lo mismo que á lo largo, á manera de faja; pero como sería necesario hacer una vuelta de puntos del revés sobre dos, llevaria mucho mas tiempo. Cuando los pantalones se hacen con felpa, el punto se trabaja de la misma forma; pero se emplean dos hilos desiguales, esto es, uno mas delgado que el otro: el mas fino sirve para el fondo, y el mas grueso para el *afelpado*, ó para la franja, que consiste en hacer nudos á cada seis puntos, los que se aprietan con fuerza, y además se atraviesan con el hilo. Para hacer el felpado mas caliente ó que abrigue mas, se hará el nudo mas escurridizo, como cuando se cogen los puntos del talon, ó se rodeará el hilo al dedo de enmedio de la mano izquierda, y se pasará por este lazo la aguja á cada cuatro puntos, y en la posicion del nuevo nudo, que debe corresponder en medio del intervalo de los de la vuelta anterior.

Tambien se hacen medias de esta misma clase para los viejos.

Del punto de calado.

44. A fin de que los agujeritos del punto de calado hagan buena vista, es menester escoger hilo muy igual y bien torcido, y apretar mucho los puntos al quitarlos, esto es, al pasarlos de una aguja en otra. Los agujeros se hacen del modo siguiente. Cógense dos puntos en lugar de uno, como en los menguados, y se pasa el hilo por delante sobre la aguja; y cuando se ha hecho una vuelta, se pone sobre la aguja el hilo que se encuentra al lado del *punto-menguado* para hacer otro nuevo punto.

45. Los agujeros largos en figura de *barretilas* se hacen como los redondos, á escepcion de que en la segunda vuelta no solo no se alza al primer hilo, pero ni tampoco al segundo; y en la tercera se alzan ambos con la aguja. Despues de haberlos *sobrecargado* se hace otro punto, y esto es lo que produce el agujero largo en forma de varilla. Además se pueden mezclar de trecho en trecho puntos unidos ó puntos del revés, y sobrecargados entre los agujeros de los calados, y combinarlos de modo que formen rayas, picos, *losanges*, líneas diagonales ó al bies, y aun hojas y ramos; para lo cual bastará tener dibujos ó patrones que se encuentran en las lonjas.

46. Ahora se sigue el punto *variado* semejante á la muselina cruzada; esta clase de punto es muy durable y no está sugeto á la tension, es decir, á estirarse como el punto rayado ó elástico. Cuando se hace una media con este punto, se entrelazan con nudos escurridizos, segun el género de hilo, veinte ó treinta puntos en cada aguja, y se hacen algunas vueltas. Además de esto, el primer punto va hecho del revés, el segundo del derecho, el tercero como el primero, el cuarto como el segundo, y así los intermedios unos de otros. Si la media se hace en redondo, el primer punto del revés es cogido al derecho, y el segundo, que estaba unido, se coge del revés, y así se continúa: el punto de *boton* ó cruzado sale de este de que voy hablando. Si la labor es una orilla, faja, etc., ó es menester volver como en un talon, haciendo del derecho, habrá que coger del revés el último punto, que ya está hecho de la misma suerte, é ir siguiendo así hasta el fin, y de este modo dicho punto cae al derecho.

47. El punto variado con puntos sobrecargados se llama de *cordoncillo*, á causa de sus rayas exteriores; y como es muy durable y se estira poco, es á propósito para bolsillos. Se pasa la aguja en la raya interior ó detrás del punto, y se la sobrecarga; el hilo que se usa

es flojo, á fin de que el punto sobrecargado pueda tomar mas que otro, y de que no aparezca demasiado-tirante cuando la labor se haya acabado. De este modo se cargan dos puntos, uno al lado del otro. Se pueden hacer los cuatro puntos inmediatos unidos, ó si se quiere, interpolados con puntos de calado.

48. El punto *espiral* ó *torcido* se hace tambien con puntos sobrecargados. Si queremos hacer de esta manera una media, es preciso que se haga la reparticion de los puntos en la propia forma que para las medias rayadas, de modo que se pongan treinta y dos en cada aguja. Luego se hacen dos puntos cargados y seis unidos, que deben ser seguidos, de otros dos cargados y de seis unidos, y así sucesivamente hasta el fin de la vuelta. Los dos primeros puntos sobrecargados se cogen del derecho y los dos siguientes deben ir sobrecargados, y así sucesivamente. De este modo los puntos recargados ó vueltos representan una serpiente revuelta al rededor ó línea. Tambien se les puede entremezclar con agujeritos largos ó *varillitas*, y con otras curvas; y hacer con esta clase de punto bonitas cenefas de zagalejos elásticos, y aun zagalejos enteros. El punto de *cordoncillo* ofrece la misma facilidad, y segun el sistema de punto rayado, podrán hacerse en los zagalejos mitones, medias caladas de una lista á cordoncillo, y otra de agujeritos de gancho ó calados, y aun despues de algunas vueltas contrariar este orden.

De los bolsillos de aguja con dibujos.

49. Estos bolsillos de aguja con dibujos, á los cuales se da esta denominacion para diferenciarlos de los de punto de gancho, de que se hablará despues, se principian por abajo á la punta, y por lo comun se hacen con seda muy torcida ó torzal. Despues de haber tomado dos agujas de hacer media, se entrelazan encima cuatro puntos con un hilo de seda doble; en seguida se retira una de las dos agujas, y cada uno de los cuatro puntos se coge sobre una sola aguja. Hecho esto, se añade uno ó dos sobre cada aguja; y este aumento se va continuando hasta que el bolsillo tenga cinco dedos de ancho; inmediatamente se harán dos vueltas de puntos sobrecargados, para que la obra sea de mayor duracion y no se deshaga. Luego se continúa por ocho ó diez vueltas con los agujeros llamados de gancho ó calados, y se añade una hebra de color, segun las flores que quieren representarse, y cuyo modelo deberá tenerse á la vista. Añádese este hilo pasándole sobre dos puntos, con el hilo precedente, como cuando se unen los hi-

los que se rompen. Este hilo queda pendiente por detrás entre las flores, y se le emplea tanto para principiar estas, como para los puntos aparentes. (Dáse este nombre á todos aquellos que están por delante, y no aparentes á aquellos, cuyos hilos pasan pos detrás y no se perciben). Cualquiera podrá valerse de diez hilos de diversos colores, y usar de ellos siguiendo el dibujo para los puntos *aparentes*. Cuando algunos de estos hilos ha dejado de servir, se le pasa á los puntos no *aparentes*, con tal que tenga que aparecer pronto; de lo contrario el ovillito de seda de color quedará colgando á la parte de afuera del bolsillo hasta la vuelta siguiente: el hilo no salta mas que lo que permite el espacio de las flores ó letras, guirnaldas, divisas ó armas que representan.

De los bolsillos de punto doble.

50. El punto doble (1) se hace de dos maneras. Para él son necesarios dos hilos, el uno para hacer y el otro para añadir los nudos escurridizos como en el punto afelpado, segun dijimos hablando del pantalon. Cuando la aguja está llena, se la desocupa hasta los últimos, es decir, se hacen los puntos y los nudos sobre otra aguja lo mismo que en la precedente. De este modo la obra hace una vista bonita, porque los nudos no se pueden alargar ni acortar. Hácese además el punto doble con dos hilos entrelazados uno al lado del otro en los puntos, pero es necesario que el hilo esté muy bien torcido, y que al coger los puntos, si la labor no ha de llevar calados, se cojan los hilos cada vez sobre la aguja.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Prefacio á pelo. = *Tragedia misteriosa.* = *Quién es ella?* = *Ateismo.* = *Madrid se divierte.* = *Ahora entra lo bueno.* = *Fiestas reales.* = *Asombro.* = *Estupefaccion.* = *Poesía bucólica.* = *Cuadro campestre.* = *Yo á los ochenta años.* = *Soy alcalde.* = *Lo que haria.* = *Lo que tendria que contar.* = *Una muger que no me amó.* = *Día 5 de Enero.* = *Presentacion en Atocha del Príncipe de Asturias.* = *Reseña.* = *Día de Reyes.* = *Tres noches lúgubres.* = *Discurso municipal.* = *Lo que dijo un pasiego.* = *Contestacion al canto.* = *Pirrotécnica de*

(1) Vulgarmente de punto inglés.

fósforos. = *Bailes.* = *Conde de la Patilla.* = *Sras. de Obregon é Ibarrola.* = *Sus trajes.* = *Amen.*

Bendito sea Dios! y qué cosas se ven en esta coronada villa!

Hay dias que me juzgo trasportado á los tiempos de los famosos vándalos y godos, y aun así dudo si tales personajes serian tan terriblemente feroces, como aquí lo son de vez en cuando algunos individuos.

Estamos á principios de mes.

Dos individuos de diferente sexo, atraviesan algunas calles de Madrid en carretela cerrada.

Minutos despues, un hombre se apea de ella; paga al cochero y le dice: *á la Cava baja.*

El coche empieza á rodar sobre el pavimento.

El hombre desaparece como una vision.

Pero ya está en la *Cava baja.*

El coche pára.

El cochero espera.

Nadie se apea sin embargo.

Trascurren algunos minutos.

El cochero impaciente, desciende de su elevado asiento y abre la portezuela.

Dá un grito y retrocede azorado.

¿Qué ha visto?

Sobre los muelles almohadones está una jóven de elegantísimo porte y distinguido continente, nadando en su propia sangre.

Un pañuelo dentro de su boca, indica el silencio que necesitó el asesino para consumar el acto.

Tenia tres espantosas puñaladas.

El hecho causó una profunda impresion.

¿Quién era él?

¿Quién ella?

Nada se ha sabido.

El crimen fué consumado.

Las sombras del misterio mas impenetrable, han cubierto la mano del criminal.

La justicia humana nada ha podido.

La divina es Dios: y Dios debe haber emplazado ya al asesino.

Pero esto, que á primera vista parece un hecho que debia llenar de terror á un mundo entero, no ha servido en Madrid ni mas ni menos que para distraer un minuto la atencion en tal ó cual tertulia, de tal ó cual familia, como pudiera distraerla el hielo ingerto en los cristales del balcon, ó el humo que se eleva sobre el tejado de la casa vecina.

Aunque nada tiene de extraño.

En una capital de trescientas mil almas, donde necesariamente suceden tantas cosas, ¿qué importancia tiene un hombre, que furioso de celos, ó ultrajado en lo mas sagrado del

honor, acribille á puñaladas á la víctima acaso de una sospecha en mal hora concebida, ó de una de esas delaciones, que como tempestad en el desierto, siembra el espanto en el corazón?

Nada, absolutamente nada.

Por eso nadie se volvió á acordar de la pobre jóven acribillada á puñaladas en el fondo de un carruaje y casi en pleno día.

¿Y cómo acordarse?

¿No estaban ahí por si acaso como llovidas del cielo una multitud de *fiestas reales* que debían envolver con su novedad cuantos acontecimientos tuviesen lugar en aquellos de por sí célebres días?

¡Y vaya si sucedió!

Como que aun estoy asustado de tantas y tantísimas cosas como he visto, gracias á la proverbial esplendidez de nuestro digno Ayuntamiento.

¿Pues no será un gusto de Dios, allá, dentro de cuarenta años, en una noche de truenos estar sentado en el rincón de una cocina de pueblo rodeado de diez párvulos, contándoles las cosas estupendas que uno vió allá en sus buenos tiempos?

¡Y qué caras tendremos entonces, hermosísimas gaditanas mías!

Pero ¿qué importa todo, comparado con la gloria de oírse llamar „abuelito” por una docena de mamones y ser el objeto de todas las atenciones del lugar?

Suponed si no un cuadro de estos.

Un jóven cualquiera entra repentinamente en el pacífico hogar trayendo un blanco pliego en su negra mano.

—Síñó alcalde, (dirigiéndose á mí) la estafeta ha traído hará poco este pliego del Gobernador é la Provincia.

Silencio sepulcral.

Rompo la nema.

Los alientos continúan comprimidos.

El pliego queda abierto.

Lo leo.

Vuelvo á leerlo.

E instintivamente me pongo en pié.

Mis labios están convulsos, llorosos mis ojos, encendida la mirada.

Todos me contemplan con profunda ansiedad.

Entonces mi temblorosa mano elevándose hasta la cabeza, y arrancando de ella el negro gorro, lo arroja exclamando:

„Saludad al nuevo vástago que ha de reinar en España.”

¡Viva el vástago!

Viva.

—Roque, vé y que echen las campanas á vuelo.

Tú, corre á casa del corregidor y que pongan el retrato que está en la sacristía bajo el dosel de la casa consistorial.

—Pero señor alcalde: si aquel ya no es retrato ni náa: Miste que Dios poné en el drosel tan majo una fiura que ice el sacristan es la que perteeció al difunto rey Wamba que esté en gloria.

—Muchacho, le grito todo encendido en cólera ¿sabes lo que te dices? Sabes que esas solas palabras podían costarte un perpetuo encierro? El retrato de que hablas, no es el del rey Wamba ni mucho menos; sino el de un monarca que vivió hace siglo y medio, pariente por línea recta de D. Alfonso XII á quien ví nacer.

—Usted? esclaman los diez mamones á la par.

—Yo, si: ¡y qué fiestas se hicieron, especialmente en Madrid!

—Ah! cuente V., cuente V., abuelito.

—Como que las presencié todas. Entonces era muy jóven: tenía veinte y cuatro años y medio, libres de polvo y paja. ¡Qué tiempos aquellos!

—Y debía V. ser guapo.

—No, hijo, no; tienes seguramente cataratas y por esto te perdono. Tenía la misma cara de ave de rapiña que ahora. Pero con ella y todo, me querían las gentes, y algunas no poco que digamos.

Escepto una mujer que ví por aquel entonces en un baile y que me trastornó la mollera.

Era bonita como un cielo.

Tenía la nariz griega; el ojo americano; la boca española y el conjunto de romana.

En tiempo de los procónsules hubiera hecho como *romana*, un papel importante.

Sin embargo, en mis tiempos, no lo hizo como *española* menos, porque fué amada con delirante embriaguez.

—Pero, abuelito, nos iba V. á contar....

—Pues es verdad! lo que hace la vegez! Estábamos en las fiestas que ví el año de gracia de 1858, con motivo del natalicio del príncipe D. Alfonso: no es cierto?

—Sí, señor, sí.

—Pues escuchad.

Lo primero que sucedió, fué, como es natural, la presentación del vástago en el templo segun antigua costumbre establecida.

Verificóse esta el día 5 de Enero.

El cielo estaba terso, puro, límpido, como el sueño de un adolescente.

Brillaba el sol en toda la plenitud de su asombrosa magnificencia.

La atmósfera tranquila y serena, impregnaba el alma de sublime melancolía.

Las calles lanzando por donde quiera inmensas oleadas de gente, parecían colosales reptiles moviendo sus pesados anillos al deslizarse por la espesura de un bosque.

Los balcones estaban cubiertos de tapices y de hermosas.

Pero ¡qué hermosas, Dios bueno, qué hermosas!

El espacio que media entre la Plaza llamada de la Villa y la de los Consejos, (unas mil varas) estaba entoldada con colosales y airoso pabellones á la Veneciana, sosteniendo multitud de flámulas y gallardetes, que presentaban, especialmente encendidos por la noche, la perspectiva de un cuento de Ossian en un encantado palacio de sílfides ó hadas.

Las colgaduras eran en general excelentes.

Las que mas resaltaron fueron las de la casa de Villa, de terciopelo carmesí con flecos y franjas de oro: las de correos, de terciopelo carmesí y franja de oro con pabellon de raso blanco, fleco y adorno del mismo metal; las de la historia natural, de raso blanco y pabellon morado con flecos y franjas de plata y oro alternativamente: las del congreso, de carmesí y oro: los tapices flamencos del conde de Oñate: y por último, los del marqués de Alcañices y duques de Híjar, Villahermosa y Medinaceli.

Partiendo de la fuente de Cibeles y en toda la inmensa estension que media hasta el santuario de Atocha, alzábase una doble hilerá de pabellones formados con banderas nacionales, de cuyo centro y saliendo de fascas consulares se elevaban astas de bandera que coronaban castillos y leones, con estandartes rematando en corona real.

En los extremos de todo esto, alzábanse unos pedestales de madera figurando granito y obeliscos, en cuyo centro reposaban tranquilamente unos leones de yeso, que mas de dos personas los tomaron por perros pachones ó perdigueros.

El gusto que presidia á todo esto, era verdaderamente churrigueresco: era en una palabra, detestable.

En cuanto al templo de Atocha, ya varia de especie.

El pórtico estaba cubierto con un enramado artificial de guirnalda y coronas de boj, laurel y flores que presentaban un regular aspecto, así como el interior del santuario, deslumbrante con su riqueza, esplendor y magestad.

A las doce y media, el estampido del cañon nos anunció la salida de palacio, de la régia comitiva.

Rompian la marcha un escuadron de Húsares de la Princesa á caballo.

Y tras él, seguian por su órden:

Cinco coches; un caballerizo; dos correos; los timbales y clarines de la casa real; setenta y un caballos conducidos por palafreneros vestidos á la Federica con un lujo sin igual: mas de treinta coches de diferentes gustos, épocas y distintivos; dos correos; una escolta; dos batidores; un coche antiguo de corte conduciendo al Infante D. Francisco; una porción de criados, de librea y á pié; una escolta; dos batidores; un coche antiguo de corte forrado de concha, tiro negro con penacho azul y blanco, trenzado azul y oro, con igual séquito de criados con librea y á pié, conduciendo á los Duques de Montpensier; ella con traje blanco y él con uniforme de Maestranza de Sevilla; escolta; dos batidores; el coche de la Infanta Maria Isabel; séquito de coches y criados; otro coche; dos oficiales de estado mayor y dos ayudantes del capitán general haciendo de batidores y por último, la régia carroza. Iba esta tirada por ocho caballos enganchados á la gran Dumon, con penachos blancos, y trenzados de carmin y oro.

La reina vestia traje de terciopelo blanco con tres entorchados en las mangas; diadema de gruesos brillantes y profusion de adornos de pedrería.

La falda del Príncipe era de color de rosa.

La nodriza que iba en el carruaje real, estaba vestida á usanza de su país: traje de raso verde ricamente bordado de oro y una toca blanca de encaje en la cabeza.

Y tras todo esto, multitud de lacayos, pajes, palafreneros y gentes de á pié, cerrando la marcha otro escuadron de Húsares de la Princesa.

Así las cosas, la comitiva llegó al templo de Atocha á las dos de la tarde.

En él, como es de suponer, se hallaban ya con anticipacion y colocadas en sus puestos, cuantas personas podian por su dignidad ó categoría presenciar la ceremonia.

Los Reyes oraron un momento, concluido lo cual fueron á colocarse en seguida en los sillones preparados al efecto á la derecha del altar.

Los Reyes de armas ocuparon los cuatro extremos del régio estrado.

La orquesta entonces preludió el Te-Deum en accion de gracias.

Pasaban de cuarenta los obispos y arzobispos que asistian á tal solemnidad.

Concluido lo cual, la comitiva volvió á salir en el mismo órden, verificando sin embargo el regreso por diferentes calles.

En resumen; pasaron de ciento y tantos los coches y de cuatrocientos los criados que formaban la comitiva.

Estos, especialmente, llamaron la atención tanto por el número, cuanto por el lujo que llevaban, así como los volantes, que vestían chaquetas de oro sobre azul, primorosísimamente bordadas y de un valor bastante considerable.

Las tropas de la guarnición cubrían la carrera.

La Reina, una vez en palacio, regaló á la Virgen de Atocha el traje y la mayor parte de las alhajas que llevaba.

Al día siguiente (Reyes), le tocó el turno á otra ceremonia.

Esta fué el ofrecimiento de los tres cálices, que desde tiempo inmemorial verifican los reyes de España.

A las dos menos cuarto, salió la Reina de la real cámara, precedida de todos los altos dignatarios de la real casa, y acompañada de su esposo y duques de Montpensier.

La función fué magnífica y solemne.

La Reina vestía traje blanco.

Este traje, una vez concluida la ceremonia, pertenece á los condes de Ribadeo, duque de Híjar, por un antiquísimo privilegio; el cual se les manda con toda solemnidad.

Y aquí empieza lo verdaderamente doloroso.

Esto es, la consumación de las fiestas reales.

Vamos á ellas.

Primera noche.

El Ayuntamiento se hace dueño y posesiona de todos los teatros de la corte, repartiendo los billetes á las personas que mejor le parecieron.

Yo no le parecí bien, y por eso un revendedor tuvo la conciencia de venderme un billete de los de convite por la friolera de veinte y cinco reales vellón.

Pero todo Madrid no cabe en los teatros.

Entonces, fuerza es discurrir un medio heroico de que la gente descontenta y bulliciosa, no ponga el grito en el cielo.

Y cómo hacerlo?

Bah! hay cosa mas sencilla?

Cierto; ya está averiguado.

La Plaza Mayor es bien ancha y espaciosa. la noche está fria como alma de suegra; con que poniendo un tablado y encima una música, la cosa toma la importancia que se merece.

Y así sucedió.

Y qué mas?

Y nada mas.

La noche ha concluido para todos y las fiestas reales se han comido un día ya.

—Vaya unas fiestas reales! exclamó un pa-

ENERO.

siego que no habia sido convidado al teatro: por qué las llamarán reales?

—No lo ha conocido V? le contestó un revendedor: pues se llaman *reales*.... porque hay que aflojar algunos si quiere uno divertirse.

—Ah! pues tiene V. razon: ahí va medio duro y deme V. un billete para entrar.

—A nombre del Ayuntamiento? murmuró el individuo tomando los diez realejos, y entregándole al otro el susodicho billete.

Día segundo.

Iluminación en las casas.

Tapices en las casas.

Silencio sepulcral en las casas.

Volvamos la hoja.

Gente en las calles.

Soldados por las calles.

Nada en las calles.

¿No es cierto que el cuadro debia ser pasmoso, sorprendente?

Y cómo si lo era!

Qué diversion! qué variedad! qué amenas distracciones!

Día tercero.

Ah! ja! ja! ya llegó lo bueno.

Fuegos artificiales.

Santa Bárbara nos asista! y qué cosas van á verse en la coronada villa!

Fuégos artificiales!

Seis leguas andaria á pié por ver aun cuando no fuesen mas que media docena de voladores.

Pero estoy en la corte: y sin andar tanto, voy á ver cosas que han de pasar á la posteridad.

Ea, sepamos la hora.

A las nueve en punto dan principio.

Esperemos las nueve.

Son las ocho.

Vamos á la calle de Alcalá á tomar posesion de un buen sitio.

La calle de Alcalá tiene media legua de larga.

Desde el café Suizo, que es próximamente la mitad, hasta el Prado, donde concluye Madrid, la calle forma una rampa ó sea cuesta en un declive bastante regular.

De modo, que estando los fuegos colocados en el fin de la calle y principio del Prado, de cualquier sitio que uno se ponga, los ojos pueden esplayarse á su gusto en el magnífico panorama de unos fuegos artificiales.

Pero los sitios se van poblando ya.

Los balcones empiezan á abrirse y los árboles á cargarse de chiquillos.

Dan las nueve.

Ochenta y tantas mil bocas, que no seria menor la cifra que sumaba la gente allí reuni-



da, empiezan á seguir el rumor de la campana.
Y esta enmudece.

Y unos ciento y tantos mil ojos se fijan repentinamente en direccion de los fuegos que en aquel momento envolvian las sombras.

Pero nada se vé.

El silencio es sepulcral.

Un frio de aquel que cristaliza la cara, contiene la respiracion á la muchedumbre.

Nadie se atreve á hablar ni á respirar, ni á gemir.

El suelo está tapizado de agua, merced al hielo derretido y á la benéfica escarcha que se desprende del firmaniento.

¿Dónde estaria la municipalidad?

Suena un reló.

—Las nueve y media! grita por fin la gente convidada gratis al espectáculo.

Pero el silencio continúa en las regiones polvorísticas.

Qué será ello?

Ahí vá otra vez el reló.

Las diez.

Santos benditos? esto ha sido una conjuracion de la medicina para enfermar á Madrid, ó una sorpresa preparada por el Ayuntamiento?

Se ignora.

Pero por sí ó por nó, ahí vá una cosa que no está anunciada en los carteles.

¿Y qué direis que fué esta cosa?

Pues nada menos que un fósforo encendido, lanzado al aire por un individuo de la raza mayúscula.

Quién tal dijera?

Aun no habia descendido de los aires, cuando embargando cajas, empieza á cruzar el espacio tal diluvio de fósforos, que no habia mas que pedir.

¿Y qué efecto producian!

Aquello si que fué verdaderamente delicioso.

Y el caso es que la operacion duró mas de un cuarto de hora.

Momentos habia en que no veia en la extension de tres á cuatro mil varas mas que una capa de luces, que hizo la delicia de los ochenta y tantos mil espectadores allí plantados.

Pero, oh cielos divinos!

Ahí están los cohetes.

Escusado es decirlo como los acogeria el destemplado público, calculando el inocente planton que habia llevado.

Por fin empezaron las ruedas.

Y tras estas, otras peores.

Y otras repeores tras estas.

Y por último, un castillo peor mil veces que todos.

Si esta vez lo hiciste mal

Otra vez lo harás peor.

Tanto tiempo y parir hija!

La grita, la silba que al concluirse los fuegos atronó los espacios, solo fué para oida: mas no para contada.

Fué una silba verdaderamente feliz.

Esto les contaré á los doce mamones reunidos á mi alrededor dentro de cuarenta años, con motivo de alguna solemnidad que acontezca por aquel entonces.

Y esto os lo cuento ahora á vosotras, pues es lo que con puntos y comas ha pasado en la coronada villa con motivo del natalicio del príncipe de Asturias el Sr. D. Alfonso XII.

Pero en medio de lo deplorables que han estado, no puedo menos de mencionaros lo que como estrella en pavorosa noche, ha resaltado mas y mas en estas benditas fiestas reales.

Esto ha sido los bailes dados por la grandeza.

El del general Pezuela fué suntuoso.

A este siguieron otros no menos espléndidos dados por la condesa del Montijo, conde de Velle, Muñoz del Monte, conde de Cerbellon, embajada francesa, condes de Patilla y una multitud que fuera prolijo enumerar, así como los que aun se preparan.

Hoy es el de Palacio.

Tengo que cerrar esta revista, por lo cual nada puedo decirlo sobre él.

Segun los preparativos debe estar brillante.

Creo que en este baile, es donde la Duquesa de Frias, debe estrenar el vestido que le han mandado de Paris, el cual le ha costado la friolera de cinco mil duros.

No es la riqueza lo que dá la hermosura: si no la sencillez.

Díganlo si no, dos damas que se presentaron en casa de los condes de Patilla con tan poco atavío y tan suma elegancia, que justamente fueron objeto de la atencion pública por largo espacio.

Una de ellas era la hermosa viuda de Obregon, hija de los Marqueses de Villapiente.

Y la otra

La elegantísima y amable señora de Ibarrola (D.^a Romana.)

Sus trages, segun me esplicó una dama, reducíanse á lo siguiente.

Llevaba la primera:

Vestido de tul blanco con tres faldas cojidas con lazos de terciopelo encarnado.

Berta de bullones con lazos en hombros y

pecho, del mismo color que los de las faldas. Guirnalda de flores en la cabeza y escote regular.

La segunda:

Vestido de tul blanco de dos faldas adornadas con capullos de rosas blancas de gasa, colocadas de relieve en las faldas y acompañados de bordados de sedas azules y blancas, en forma de guirnaldas.

En la cabeza una trenza de terciopelo azul dando vuelta á toda ella con caídas de flores de algodón, que por cierto le hacían como pueden hacerle las alas á un ángel: deliciosa.

Ay! qué hermosas son las mugeres!

Y sobre todo esas mugeres, que como las hadas de las leyendas orientales aparecen, perfuman la vida con el ideal de su amor y se estinguen no sé donde ni de qué manera: pero la verdad es que se estinguen y que no las volvemos á ver.

Así son las cosas de la vida.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

En el periódico *El Comercio* que se publica en esta plaza, hemos leído el artículo que copiamos á continuación, escrito por uno de los valientes marinos que se hallaban en la goleta de S. M. *Cruz*, cuando el furioso huracán de Junio de 1857.

Sr. Redactor del periódico *El Comercio*.—Goleta *Cruz*.—Rio de la Plata, Montevideo, Noviembre 30 de 1857.

Muy Sr. mio: en este puerto he tenido lugar de leer un artículo de un periódico de Madrid, referente al huracán sufrido en Junio próximo pasado por la corbeta *Villa de Bilbao* y goleta *Cruz*, en la travesía del Janeiro á este puerto, en cuyo artículo se advertían grandes inexactitudes, debido esto sin duda á carecer el articulista de datos suficientes á que referirse.

En este caso suplico á usted tenga la bondad de insertar en su recomendable periódico los que adjuntos le envío, de dicho huracán y respectivos á la goleta *Cruz* solamente, pues los de la corbeta ya lo ha hecho á la *Crónica Naval*, el alférez de su dotación D. Santiago Patero.

De merecer á usted esta atención tendré un placer y le agradeceré ver estampadas estas líneas en su periódico, al que siempre ha merecido su adhesión la marina. Con este motivo y siempre ruego á usted admita el sincero

afecto del q. b. s. m.—El teniente de navío, Antonio Rodríguez Pardo.

Al acometer la empresa de describir las fases del furioso huracán sufrido por la goleta *Cruz* en las mares del Sur, no es mi ánimo darle el colorido con que fácilmente una pluma diestra y un orador lleno de elocuencia nos trazaría un cuadro marítimo, por el cual arrancaría tal vez mas de una lágrima al lector, al hacer la reseña de momentos tan difíciles. Mi idea solo se concreta á narrar los hechos y sucesos tal cual han tenido lugar, no dejando por cierto de llamar la atención en ellos hacia la conducta heroica con que en circunstancias tan graves arrancaron eminentes peligros los tripulantes de esta goleta. Apenas lucía la aurora del 6 de Junio de 1857, ostentaban el pabellon nacional la corbeta *Villa de Bilbao* y goleta *Cruz*; pocos momentos despues hecha por el gefe la señal de dar la vela, fué ejecutada esta orden en nuestro buque con la rapidez con que en las maniobras se distingue nuestra marinería; levada el ancla y dado al viento (que era del NNO, flojo) nuestro aparejo, seguimos las aguas de la *Bilbao* remolcados por nuestros botes y uno brasileiro, así como lo era tambien la *Bilbao* por todos los de los buques extranjeros que se hallaban en el puerto del que nos franqueamos de su boca á las 12, situándonos en latitud S. 23° 11' 24" y longitud O. de Cádiz 36° 55".

Del 6 al 7 astronómico ceñimos el viento mura estribor, el cual fresco del SO. al O. no nos permitió hacer el rumbo que nos habia prefijado el gefe, previa señal al intento. La tierra la habíamos perdido de vista hallándonos á regular distancia de ella á las 5 de la tarde; la anochecida y amanecida no fueron muy buenas, y hemos experimentado durante todo el dia frecuentes chubascos de regular fuerza, como tambien mar muy gruesa del SO. Del 7 al 8 el viento habia refrescado mucho mas, la mar del SO. era bastante gruesa y hacia trabajar mucho al buque de proa, encapillándose demasiada agua á bordo; el viento no nos permitió hacer (ciñendo todo de la mura ya dicha) mas que rumbos del 2.º cuadrante llegando en él hasta el SE. La anochecida fué de mal cariz, la noche regular, sin ocurrencia notable en ella, alguna agua menuda y frecuentes chubascos de la parte del viento que era frescachon á la amanecida; esta fué de mal cariz, y desde esta hora aumentaron mucho la mar y viento, haciéndose muy frecuentes los chubascos duros del SO., obligándonos su fuerza á tomar antes de concluir este dia la primera antagalla de la mayor, zafar la bo-

neta al trinquete, meter el velacho y aferrar el foque por trabajar mucho el botalon en las violentas cabezadas; la cantidad de agua que entraba á bordo con los golpes de mar era ya de bastante consideracion.

Este día el barómetro nos anunciaba ya con su progresivo y crecido descenso la proximidad de un temporal de bastante fuerza. Todavía este día tuvimos alguna clara que nos permitió observar, aunque con mucho trabajo, y nos situamos en latitud S. $25^{\circ} 54' 01''$ y longitud O. $35^{\circ} 20' 10''$ quedando al rendir esta singladura nuestra compañera la corbeta á la vista á regular distancia, por la aleta de sota-viento. Empezó el 8 al 9 con aspecto no muy bueno y siguió progresivamente aumentando la fuerza del viento que ha sido del OSO. al S. y la mar muy gruesa del SO., haciéndonos temer algunas averías, por lo que, y la continuidad de chubascos cada vez mas duros, nos vimos obligados á las 3 y $\frac{3}{4}$ á tomar el segundo rizo á la mayor, uno al trinquete, cerrar la cortina á este, aferrar el contrafoque y echar abajo la verga de juanete. Así nos anocheció de bastante mal cariz, aumentando siempre la fuerza del viento y engruesando mucho la mar, el cielo muy cubierto de celage bastante denso, y los horizontes se estrechaban cada vez mas, con cuyas apariencias nada agradables, resolvimos á las 6 tomar el tercer rizo á la mayor. Durante la noche no hemos visto á la corbeta á pesar de la infinita vigilancia que á este fin se tuvo.

Desde esta anochecida empezamos á sentir todo lo que en un buque tan pequeño se experimenta en un temporal, como lo era ya declarado el que teníamos sobre nosotros; pues así lo justificaban el barómetro y el aspecto del cielo y horizontes, suponiendo siempre, seria algo mas que un pampero, pues ninguna de las apariencias que preceden á estos vientos habíamos notado. Así es que este día se picaba ya muy frecuentemente la bomba, tanto porque el buque por su proa hacia alguna agua, como por la mucha que entraba á bordo, llenando frecuentemente la parte interior de este. Las averías consiguientes se hicieron esperar bien poco; pues á las $8\frac{1}{2}$ habíamos roto á tronco el botalon de petifoc, haciéndose tan dificultosa la operacion de recogerlo, como segura é infalible hubiera sido la pérdida del infeliz marinero que en aquellos instantes se hubiera arrojado á salir al extremo del botalon del foque, el que como toda la proa, se veían muy á menudo completamente bajo del agua; á la noche así pasada, larga y penosa como se hace en tales casos, le sucedió el amanecer, cuyo aspecto correspondia mas

que á amanecida á una anochecida de invierno de mal cariz; pero con alguna luz hicimos por recoger los restos de dicho botalon de petifoc, en cuya misma faena, una violenta y terrible cabezada hizo romper tambien á tronco el botalon de foc y se desaferró su vela; no con poco trabajo y á duras penas conseguimos nuestro objeto de recoger ambos botalones y la vela de foc: fácilmente se comprende á cuanto riesgo se espusieron los marineros que habian egecutado esta dificultosísima operacion, pues la mar era escesivamente gruesa y atormentaba demasiado la proa, la que con demasiada frecuencia veíamos cubierta por las olas, cuya altura era ya mas que considerable: en este caso dimos una burda por estay y para seguridad del mastelero, y tomamos la faja del triángulo de la mayor; el buque capeaba muy bien, tal vez superando á lo que cualquiera hubiera esperado de él, por carecer de buenas amuras que oponer á la mar, la que ya era tan escesivamente gruesa que su aspecto horrorizaba; esta nos inundaba completamente el barco, llenando cámaras y sollado. Las observaciones astronómicas no tuvieron lugar este día, pues el sol no se dejó ver ni un solo instante, y así ignoramos el lugar verdadero de nuestro globo en que nos pudiéramos hallar, y reducidos á una muy incierta é insegura estima que nos situaba en este mediodía en lat. S. $26^{\circ} 20' 43''$ y long. O. $34^{\circ} 51' 10''$. Concluimos este día sin haber visto á la *Villa de Bilbao*.

Empezó el fatal día 9 al 10, y como la bajada del barómetro fuese siempre en aumento, escesivo como el viento y la mar, tomamos las medidas marineras y que la práctica enseña para asegurar el buque, y siempre sucediéndose nuevas averías, consiguientes á un capeo sostenido por este buque hacia ya algunas horas, tal fué la de haber faltado la mayor parte del guarnimiento de bauprés, no siéndonos posible remediar esta avería de alta consideracion, pero venciendo siempre las dificultades la valiente marinería de este buque, se dió al palo de proa la seguridad que se pudo. La lluvia seguía en abundancia, el aspecto del tiempo lejos de mejorar aterrorizaba, la mar era espantosa, el viento de una fuerza atroz, con cuyos elementos en lucha ya tantas horas nos hacían sufrir demasiado, careciendo como era consiguiente del alimento caliente nuestra tripulacion y nosotros, y aun tambien de ropa seca con que abrigarnos, lo durísimo del tiempo nos hacia creer se hallaria próximo á terminar, aunque siempre dudando algo, pues el movimiento del barómetro no era nada satisfactorio á este fin; pero sin embargo, esperar

mas de lo que habia, hubiera sido rayar en lo sobrenatural; no obstante la Providencia nos tenia reservados para prueba mas dura, así vimos con harta sorpresa que la bajada del barómetro llegaba á muy cerca de una pulgada inglesa, lo que nos hizo ya creer con seguridad caminábamos sobre una zona en la que estallaria no muy tarde un fuerte huracan; así lo indicaban tambien el aspecto terrible del amenazador elemento sobre que flotábamos: la anochecida fué terrible, su cariz no era posible describirse, pues no habia cielo ni horizonte, todo era una nube densa en la que nos hallábamos envueltos, y de la cual cualquiera teoría hubiera sido inútil para deshacernos de ella; los límites de nuestra vista apenas se podian estender á medio cable á nuestro alrededor, y así porque no habia otra manera posible esperábamos resignados lo que deparado nos tuviera la infinita Providencia.

Desde esta anochecida ni una sola persona de las que tripulaban este buque ha abandonado la cubierta para cosa alguna, alerta todos y esperando la voz del digno comandante de este buque, el que soportaba á mas de tantas molestias, una calentura que sufría ya hacia dos dias, sobre el primer cañon de popa á estribor, único descanso que su celo, actividad y deseo de salvar el buque puesto á su cuidado le permitia: y no cumpliria con el deber mas sagrado, (el de la conciencia) si no lo expresase así en mi relato; aun habia que esperar mas de la tripulacion toda de la goleta *Cruz*; el destino los llevaba sobre el camino, en el cual habian de afrontar mas de una vez la muerte, y no la muerte tranquila que espera el paciente sobre su lecho, absuelta su conciencia, libre ya de culpa y rodeado de su familia á la que bendice al decir adios al mundo, no era por cierto esa muerte; era la horrible y agoniosa muerte del ahogado, del que repele de su lado todo objeto que no tienda á salvarlo, del que huye de su compañero temiendo que su cercanía pueda hacer de modo que llegue á sumergirlo; esta era, pues, la esperanza que nos restaba despues de tanto sufrimiento; la hora por cierto no se hallaba lejos de nosotros, ni nosotros nos hallábamos lejos de la hora en que mas de una vez habíamos de haber comprendido la alta é infinita misericordia de Dios. Desde la una de la noche se puede con seguridad decir, empezaba lo mas recio del tiempo: las escotillas se hallaban ya á esta hora clavadas, no estorbando esta medida por cierto que el interior del buque se hallase con mucha agua, como lo justificaba altamente la cantidad de esta que por las bombas se hacia sacar; el buque con su

cubierta completamente inundado, y solo con el triángulo de la mayor, pues la trinquetilla se habia rifado y habian faltado los garruchos del pequeño paño de trinquete que llevábamos orientado: á las dos ya el buque hizo la primera prueba de su resistencia, y le vimos dormirse, llenándose en este momento el bote que llevábamos á babor (sotavento) y siéndonos preciso deshacernos de este peso, se precipitaron nuestros bravos marineros y con esposicion de sus vidas lograron salvar á la goleta de tan inminente peligro, cuya faena en tales circunstancias fué egecutada con tal celeridad, que no pudo menos de hacernos estimar en alto grado la decision de la parte de marinería que se habia destinado á ella.

Pasada la dicha operacion resolvió el señor comandante arriar la poca vela que llevábamos, pues el buque no la aguantaba, y en buen hora por cierto fué, aunque con mucho trabajo, apagada esta vela, pues probablemente hubiésemos perecido todos, si con ella larga hubiéramos estado á las cuatro de la mañana. La cantidad y fuerza del viento era tanta, que apenas nos podíamos hacer comprender aun con bocina los que nos hallábamos mas próximos; el ruido que ocasionaba este elemento desencadenado era horrible, la mar batida por él al tocar en nuestros cuerpos se hacia sentir con un grado de calor tal, que parecia habia sido espuesta á la candela casi hasta el grado de ebullicion; su nivel en nuestra cubierta eran las brazolas de escotillas; la artillería de sotavento se hallaba como todo el costado de dicha banda sumergido completamente en el agua, su movimiento oscilatorio nos llegaba muy cerca de la cintura, y nos veíamos precisados á asirnos de alguna cornamusa ú otro objeto cualquiera fijo en el costado para no ser arrastrados por las olas, las que ya habian hecho desaparecer infinidad de objetos que se hallaban en la cubierta, á pesar de estar trincados muchos de ellos: en tal estado el buque se hallaba completamente dormido, á pesar de estar á palo seco. ¿Y qué remedio pues era al que podíamos recurrir para salvar á la goleta de una completa sumersion y nuestras vidas de una muerte segura? El último que nos quedaba, no nos era en verdad desconocido; mas difícil de egecutar que de escribir su teoría por cierto, pues en estos casos, repito, es muy fácil decir se pica el palo mayor; pero hay muchos peligros que vencer y mas de una dificultad que superar para llegar al término deseado; pero no habia otro remedio, la pérdida era inevitable, y un estado de inaccion nos hubiera llevado pronto al inmenso abismo que nos ofrecia á nuestros piés el terrible é in-

constante elemento de la mar. Conocida prontamente por nuestro comandante la indispensable necesidad de deshacernos de nuestro palo mayor, ordenó se picase este, á cuyo objeto se destinó la gente necesaria, la cual guiada por sus oficiales y provistos de todos los útiles necesarios al efecto se procedió á tal maniobra, en medio de la cual vimos con espanto que en su caída llevaba tras sí al trinquete que habia roto por su tercio alto; si difícil era y arriesgada la operacion de picar el mayor, no lo era menos la de despojar de cabos al de trinquete para que en su caída no nos hiciese experimentar averías de mucha consideracion; todo pues fué conseguido, no dudando que en aquellos momentos velaba sobre nosotros la Providencia, pues aun despues de practicadas algunas faenas parecia imposible haberse egecutado.

Así fué la de picar el estay de trinquete, el que ya los palos en el agua nos estorbaba se alejasen estos de nuestra proximidad, amenazándonos constantemente con la posibilidad de abrimos algun rumbo en nuestros costados, lo que nos hubiera causado mayor dolor, toda vez que estos al caer habia sido sin causar lesion alguna al buque.

La operacion de picar el estay era de alta consideracion, el egecutarla de tanto riesgo, como que la proa se encontraba completamente bajo las olas; pero por todo era preciso pasar: el denodado, el valiente y decidido cabo de mar de este buque, Gerardo Puch, (catalan) haciendo abnegacion completa de su vida por la de sus compañeros, se arrojó con el entusiasmo y la bravura del héroe á dicho lugar y picó este importante cabo, volviendo á nuestra cubierta lleno de la emocion natural que sentia al ver el buque libre del peligro á que se hallaba espuesto por los palos al chocar en los fondos. Describir el supremo momento de esta operacion no seria posible; sin hablarlos nadie nos comprendimos todos, y nuestros semblantes atestiguaban sobradamente que todo el mundo sabia que nos habiamos salvado: gracias á Dios así fué, y despues, y en aquel momento y siempre, no dejaremos de darle gracias por tantos é infinitos beneficios. La direccion del viento no era posible determinarla: roló todo el compás, y sucesivamente despues de haber pasado sobre nosotros la espiral que describia en su trayecto, parecia haberse fijado algo al N., dejándonos una mar horrorosa, cuyo ruido solo imponia al mas marinero; en tales circunstancias se nos vino dentro del buque la canoa que estaba colgada á estribor, siéndonos preciso desguazarla, aunque con mucho trabajo, para librarnos de un

estorbo que tanto nos ocupaba en nuestra reducida cubierta, consiguiéndolo con bastante trabajo, pues era arriesgado destrincarse para trabajar cosa alguna, pero tambien se consiguió; solo nos restaba intentar dar alguna vela al viento para con ella si conseguíamos derribar, ponerle la popa á la inmensa mar que atormentaba de una manera horrorosa nuestros costados, temiendo que pudiese seguirse á tanta calamidad la de perder el timon, el que felizmente se conservó. En vano probamos en seguida dar alguna vela, pues apenas fué espuesta al viento, no nos dejó ni una de sus hilachas á bordo; no habia vela posible para tanto viento; así pues permanecemos hechos una boya á merced del viento y mar, hasta el principio del dia 11 que nos dejó la mar armar bandolas, con un velacho á el resto del palo trinquete, con lo cual nos fué posible navegar algo, aunque no muy favorable á nuestra derrota.

El tiempo fué mejorando desde este dia sucesivamente, costándonos hasta la amanecida del 19 avistar las tierras del Janeiro, cuyo puerto no conseguimos hasta la media noche del 20, que despues de haber forzado su entrada, pues la noche se habia cerrado en lluvia y el viento era muy fresco, logramos fondear próximos á una de las islas exteriores llamada Pae, en cuyo lugar esperamos el dia, y á las diez de la mañana nos condujo un vapor remolcador á el fondeadero ordinario, en el que con suma alegría vimos á la corbeta *Villa de Bilbao* desarbolada de los palos mayor y mesana, pero que felizmente no contaba ninguna desgracia entre sus tripulantes.

A nuestro paso por los buques que arbolaban las insignias, tanto de la marina inglesa, como la francesa y brasilera, merecimos el honor de que sus bandas de música nos saludasen con nuestra marcha real, como tambien el de enviarnos en seguida botes con oficiales comisionados al intento para ofrecernos cuanta clase de auxilio hubiésemos necesitado. A nuestro paso por la corbeta *Villa de Bilbao* fuimos saludados con un viva á nuestra Augusta Soberana, el que se contestó por nosotros llenos del júbilo y expansion, de que gozaban nuestros corazones.

Enterados de los pormenores minuciosamente los almirantes Mr. Roche de Chanfre, de la marina francesa de la estacion del Rio de la Plata y Brasil, como Mr. W. Hope Jhontone de la inglesa destinada al mismo fin, hemos merecido de la alta consideracion de ambos almirantes la honra de que creyesen debida la salvacion de la goleta *Cruz* á la bravura, con que en tan azarosas circunstancias

debieron portarse los tripulantes de todas clases de dicho buque. Esto hace por cierto orgullecernos mas de ser españoles. Debo pues hacer presente tambien, el fraternal recibimiento que tuvimos de parte de nuestros compañeros los oficiales de la *Bilbao*, que al ver despues de la llegada de ellos al Janeiro, se pasaban los días sin aparecer la goleta, habian creído segura nuestra pérdida. Concluiré pues diciendo, que hemos merecido del digno gefe á cuyas órdenes tenemos lo honra de servir, la acogida mas favorable, viniendo á nuestro bordo con sus oficiales aun antes de fondear, mostrando en su semblante el gozo de que se hallaba poseído al volvernos á ver.

Al conocer los dos buques corbeta *Bilbao* y goleta *Cruz*, basta una sola consideracion para comprender perfectamente al punto que pudieran llegar nuestros sufrimientos; pues si la corbeta con sus colosales dimensiones respecto de nosotros, se vió obligada á picar sus palos y á que todos se escudiesen en el cumplimiento de su deber, ¿á cuánto pues no nos veriamos obligados en un buque de tan distintas dimensiones y tan diverso aparejo por su clase? En todo esto me queda la tranquilidad de creer haberme hallado en mi pueblo obedeciendo, como mis compañeros, al valiente marinero, al hombre de corazon y al mas que digno comandante de este buque, el teniente de navío Catalá.

TEATRO DEL BALON.

El Castillo de Balsain, drama en tres actos.

Al leer en los carteles esto de *Castillo de Balsain*, y mas llevando por añadidura lo de *drama*, nos imaginamos que el tal castillo iba á ser teatro de dos ó tres asesinatos, ó de otros tantos incendios, ó de venganzas tenebrosas, ó de apariciones nocturnas de espectros ensabanados, ó cosa por el estilo; pero la verdad es que nos llevamos un chasco solemnisimo, puesto que allí ni habia subterráneos, ni trampas, ni puertas secretas, ni embozados con puñal en cinto y máscara en la faz, ni siquiera el hombre malo que hay en todo drama que lleva un título análogo al de aquel de que nos vamos ocupando por el momento. En el castillo de Balsain no hay horrores; no hay

mas que una comedia que se está ensayando para divertir al siempre divertido rey D. Felipe IV, personage obligado de las tres cuartas partes de las producciones dramáticas que hoy se escriben.

Pero antes que hablemos del tal ensayo, bien es volvamos la vista atrás para enterarnos de ciertos antecedentes indispensables á la accion.

Entre unas breñas y ruinas no lejanas del castillo vivia retirado, no sabemos por qué, una especie de viejo filósofo, un tiempo soldado en Italia y en Flandes, el cual habia tenido una hija no mas. Las mugeres en los dramas son siempre muy poco fecundas.

Un cazador estraviado fué años antes acometido allí cerca por algunos asesinos. El antiguo soldado acudió á defender al cazador, le libró de la muerte y le dió breve hospitalidad en su pobre albergue. Menudeáronse las visitas, y de ellas resultó lo que ya se puede suponer. A poco tiempo el huésped, que era un alto caballero de la corte, desapareció y no se le volvió á ver el pelo, lo cual en estos casos es señal segura de aumento extra-legal en la familia. Nació un niño, murió la madre, y el abuelo hizo creer siempre á su nieto que era hijo suyo; lo cual no era en rigor mas que una licencia poética en el árbol genealógico.

A la educacion de este niño consagró desde entonces el viejo todos sus cuidados. Dióle instruccion, porque ya hemos dicho que era filósofo, ó hízole diestro en las armas, porque ya hemos dicho que fué soldado.

Pero llegó un día en que este niño fué mozo y quiso ver el mundo. Despidióle su padre en los mismos parques del castillo de Balsain, á la sazón morada real, y dióle su bendicion por toda ayuda de costas, como quien no tenia otra cosa que darle para el camino.

Pero hemos dicho que en el castillo se ensayaba una comedia, que habia sido compuesta por el rey, haciendo papeles en ella una hermosa condesa y un tontísimo marqués, con el cual compromisos de familia la obligaban á casar, bien contra el deseo del monarca, que requeria de amores á su ilus-

tre vasalla; amores que eran por ella desoídos á fuer de dama honrada cuanto discreta.

Absorto el mancebo al verla trata de saludarla cortés, pero ella, al mirar su mal pelage, se burla de él, y fingiéndose simple lugareña disfrazada de señora para representar un papel en la comedia, le ofrece la plaza de apuntador, que él comienza á ejercer en el ensayo de una escena con el marqués. En estas llega el rey, apercíbese el mozo de la burla, pero quiere sacar partido de ella pidiendo á D. Felipe plaza aventajada en sus ejércitos por los méritos de su padre, que documentados entrega al monarca, y cuyos papeles pasan de mano en mano hasta dar por último en la boca de uno de los perros de S. M., quien dá buena cuenta de ellos entre sus dientes. Obligado á hacer una prueba en las armas, demuestra su destreza; pero esto no mejora su condicion. Al cabo el marqués tonto le ofrece la plaza de secretario suyo, pensando con razon, que pues le faltan talento y valor propios, le conviene comprarlos en la persona de un secretario. Su propuesta es aceptada, porque aquel á quien se hace ama á la condesa.

Ya le tenemos instalado en su nuevo destino, el cual le proporciona ver á su amada á cada hora, y desconcertar los planes del rey respecto á ella. No le falta ciertamente trabajo. La condesa, hostigada por su real y pertinacísimo amante, no halla otro camino que huir con su futuro y casarse con él en secreto, á pesar de que le puede ver como al diablo, pero el rey lo sabe todo por el mismo novio, y resuelve aprovecharse de esta coyuntura. Al efecto proyecta adelantársele en el rapto, dando orden á los guardas detengan á todo el que intente seguir á un hombre y á una muger, á quienes se dejará franco el paso. El secretario, que todo lo espía, se interpone en el momento crítico, el rey se descubre, pero en vano, aquel tira de la espada, el rey se defiende, la condesa huye, acompaña su defensor, y cuando el monarca intenta seguirlos, los guardas le apuntan con sus escopetas en obediencia de su propia orden.

Esta es la gran escena; la escena aplaudida hasta el entusiasmo como era consiguiente. Un rey de España que burla mugeres, que se hace ladron de honras de damas ilustres, un rey humillado, acuchillado y casi apaleado, un rey á quien sus propios criados amenazan con sus escopetas, un rey que se tira de las greñas y de los bigotes, que patear de ira y brama de impotente corage, y esto no un rey cualquiera y á bulto, sino uno determinado, no deja de ser un espectáculo halagador y hasta edificante para los súbditos de una nieta suya. Si D. Felipe cuarto en vez de monarca hubiera sido simplemente un D. Fulano de Tal, sus parientes pudieran acusar de calumnia á los autores del drama, pero fué rey, y bien es que se conozca que vivimos en una monarquía.

El mancebo, una vez fuera del castillo, no se anduvo por las ramas. Llevó á la condesa á casa de su padre, mal de su grado, y escondióla entre aquellas breñas rara vez visitadas por humano pié. Pero un estravío en la caza hace llegar allí al marqués y á otro caballero, el mismo rey sábase que está cerca, el osado mozo se vé perdido, y sin embargo se dispone á entregar á la condesa, sabiendo que con ella entrega su cabeza al hacha del verdugo. Entonces su amada, á quien creía insensible á su amor, se arroja á sus pies pidiéndole se salve, y para lograrlo le confiesa que es amado. Es tarde ya. El monarca ha llegado, el amante está preso. Pero el viejo reconoce en el rey al burlador de su hija, al padre del que va á condenar á muerte. Todo cambia. Aquel casa al que ya sabe que es su hijo con la condesa, si bien el anciano exige que el nacimiento del nuevo conde sea para todos, menos para el rey y para él, un misterio impenetrable.

El secreto debió de ser en efecto tal que ni el mismo D. Felipe supo nunca que habia tenido semejante hijo.

¡Pobre D. Felipe cuarto, y qué testimonios le levantan todos los dias en dramas y en novelas!

El corte de este drama no tiene nada de dramático. Muchas escenas son de comedia, y algunas hasta de sainete. El giro que

da el marqués á la escena que ensaya en el primer acto, nos recordó aquello de:

„El jocico feroz que perdurable
va comiendo con Félix el pepino,“

que dice el patan en el sainete *El Payo de la carta*. Hace reir mucho, es verdad; pero hace reir como lo hace allí.

Decimos otro tanto de su borrachera en el acto último.

Tomada pues la obra, no como drama, sino como coleccion de escenas, tiene sin duda bellezas de pormenor que le hicieron alcanzar un éxito muy cumplido, el cual le asegura nuevas entradas y nuevos aplausos, por mas que no todos, segun dijimos en su lugar, sean de buen género.

La ejecucion fué esmerada.

Nos prometemos hablar en el próximo número de la excelente comedia de nuestro distinguido compatriota y amigo D. Angel María Dacarrete, que lleva por título: *Poderoso caballero es D. Dinero*.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

El grabado adjunto contiene algunos vestidos de moda, y además algunos disfraces para bailes de trages. Son los siguientes:

1.º Vestido de payaso para un niño.—Sombrero puntiagudo de alta forma adornado con una pluma y cintas azules. Chupa cortada absolutamente como una levita, hecha de tela blanca, guarnecida de carteras á uno y otro lado, con grandes vueltas mosqueteras en la parte inferior de las mangas, y enormes botones de terciopelo azul. Cuello bordado reemplazando al collarin de la chupa. Manguitos bordados que se estienden mas allá de las mangas, las que se dejan un poco cortas para dejar ver el bordado.

2.º Trage de siciliana para una jovencita de tierna edad.—Cabellos en diadema con nudos de cinta color de cereza á cada lado. La parte superior de la cabeza está cubierta por un pedazo de tela de rayas muy vivas, el cual tiene la forma de un cuadrilongo y cae muy bajo en la parte posterior del cuello. Corpiño

ENERO.

escotado, de terciopelo negro, con un gran triángulo de seda amarilla de oro por delante. Sobre este triángulo están cosidas cintas negras que figuran un enlazado. Pequeñas mangas de buches, muy cortas, guarnecidas de enlage, así como lo alto del corpiño, y adornadas de cintas estrechas y negras. Saya de raso cereza, adornada de terciopelo negro.

3.º Vestido de gran librea.—Casaca de paño color de pensamiento, cortada á la francesa, con anchos faldones, que se ensanchan redondeándose sobre el pecho. Collarin recto, y grandes carteras sobre las caderas. Nueve botones delante, tres en las puntas de las carteras y dos en las vueltas. Galon de lana blasonado que ribetea la casaca, y rodea además completamente el collarin y las carteras de las faltriqueras. Este mismo galon forma un doble escuson en la parte posterior de la cintura. Calzon del mismo paño que la casaca, con el galon al rededor de la liga. Las medias, la corbata, el chaleco y los guantes son blancos.

4.º Disfraz muy original del género del de los diablos del Ambigú, ó de la Puerta de San Martin, pudiendo servir para un niño.—Cabellos cortos. Corona dorada rematando en una horquilla con una pequeña flama en medio. Esta corona puede hacerse de carton forrada de papel dorado. En vez de cuello de camisa una cinta negra formando por delante tres grandes puntas. Cuerpo del vestido con escote cuadrado por los hombros. Mangas cortas, con anchas mangas pendientes. Sayo forrado de una tela muy yerta, y cortada en puntas por abajo. Medias encarnadas que suben por cima de la rodilla. Los adornos de la túnica se componen de una tira roja en todos los bordes, y de galones dorados en los brazos y en el sayo, estos últimos en forma de lambrequin. Sobre el pecho un murciélago, y sobre el sayo escorpiones recortados de papel dorado.

Este trage, que es muy lindo en color blanco, puede hacerse mas severo haciéndolo negro y dejando los adornos del mismo color que antes. En este caso no se escota por arriba, se pone una camisa de mangas largas y se hace el sayo mas corto.

Tambien podria hacerse de él un precioso disfraz para una joven, con las alteraciones siguientes. Los cabellos largos con grandes rizos, el corpiño completamente escotado, y la saya muy hueca. Los adornos deberán ser de oro oscuro y encarnado fuerte sobre seda blanca, ó de oro claro y rosa vivo sobre terciopelo negro.

5.º Trage militar de fines del reinado de

18



Luis XV, tipo de tal modo perfecto de elegancia y de buen gusto que hemos creído deberle conservar en toda su exactitud histórica. Tal como el dibujo lo representa se compone de:

Sombrero tricórnio galoneado de oro. Peluca empolvada con un *catogan* ó coleta, á la cual se anuda una ancha cinta negra. Corbata negra con cabos que caen sobre el pecho. Camisa con pechera y vuelos de encage. Chaleco-chupa de terciopelo encarnado y faldillas muy largas. Calzon blanco. Polainas de paño negro cubriendo la rodilla. Biricú negro y espada. Casaca cortada absolutamente como una levita moderna, salvo que las mangas son muy cortas, y que el faldon forma por detrás dos anchos pliegues.

6.º Disfraz de dama, imitado de los trages tirolenses.—Sombrero de paja colocado en la parte posterior de la cabeza y adornado con guirnalda de flores. Cabello trenzado. Corpiño de piqué blanco con mangas de buches. Cintas de terciopelo formando tirantes sobre el corpiño, con otras que atraviesan por el pecho y la espalda. Lazos de terciopelo en las mangas, en la cintura y en las muñecas. Saya blanca sobre la cual están cosidas tiras de seda verde, á lo largo en la parte superior y á lo ancho en la inferior. Estas últimas alternan con otras de terciopelo negro.

7.º y 8.º Vista por delante y por detrás del vestido de suaré.—Ninguna alteracion en la forma. El negro sigue en todo favor; sin embargo, se ven algunos fraques azules, pero sin botones de metal, y siempre de color oscuro. El chaleco blanco se lleva para gran etiqueta, y fuera de esto se reemplaza comunmente por algun rico terciopelo de capricho.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

Dell al 6 Moldes de un monillo.

7 8 y 9 Gorro griego.

La redondela del gorro se hace de crochet claro, y la banda de crochet lleno: los diferentes colores de torzal están indicados por las señales. El croquis del gorro se encuentra en el número 9. Se forra de tafetan muy ligero y se le pone una borla de pasamanería.

10 Escudo con las letras C. D. al pasado.

11 y 12 Nombres y apellidos al pasado.

Desde el 13 al 41. Alfabeto de letras enlazadas desde la B. C. á la C. G. al pasado.

42 M. S.: de adorno al pasado y pespunte.

N. 1 y 2 Cuello y mangas para niña de 8 á 12 años: al pasado, feston y punto de rosa.

3 Bordado para pantalon de niña: al pasado y ojetes.

4 y 5 Cuello y mangas: al pasado y ojetes.

6 y 7 Cuello y mangas: bordado ligeró.

8 Banda para envoltura: al pasado, ojetes y lunares.

9 Banda: al pasado, lunares y ojetes; puede servir para capillo y mangas.

10 y 11 Papalina para niño de 3 á 6 años: al pasado.

12 Pañuelo: feston y ojetes.

13 Banda para pantalon de niño, almohadas y enaguas blancas: feston y ojetes de sombra.

14 Banda: lunares y ojetes.

15 Banda: para camisa: al pasado.

16 Embutido: al pasado y bordado inglés.

17 Pañuelo: feston y embutidos de valenciennes.

18 Banda para camisa ó pantalon: al pasado y feston.

19 Banda: feston, punto de rosa y lunares de punto ligero.

20 V. B.: al pasado y ojetes.

21 G. V.: al pasado y adorno.

22 A. P.: al pasado.

23 Augusto: al pasado.

24 G. V.: al pasado.

25 V. B.: al pasado.

26 A. P.: de cordoncillo.

27 G. V.: al pasado y ojetes.

28 R. G.: feston.

29 Cármen: al pasado.

30 A. R.: al pasado.

31 L. A.: al pasado.

32 J. E. C. enlazadas: cifras al pasado.

33 Antonia: al pasado.

34 al 38 E. A.: G. M.: G. S.: F. E.: P. O. B.: al pasado.

39 A. M.: al pasado.

40 P. C.: al pasado.

41 G. V.: al pasado.

DOS AMIGOS.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

SEÑORA DOÑA ELENA GOMEZ AVELLANEDA.

(CONCLUSION.)

Cómo aquel ser extraordinario permaneció en aquel teatro de sus hazañas, cómo para recibir el inmortal lauro de su victoria, y partió después cargado de ricos botines, de laureos, de gloria, á recibir el justo premio de su inmortal hazaña.

Y nosotros podremos continuar diciendo: el buen Espinola, orgulloso y satisfecho (aunque no era hombre que se satisfacía con nimiedades), le dió otro que podrémos decir apreciable en mas que la gloria y los loores: á Etelvina, que hasta entónces habia ignorado los inminentes peligros que el jóven corría por su amor.

CAPITULO VIII.

El 20 de julio de 1612 se desposaba en la Iglesia de Nuestra Señora el jóven Francisco de Rivera con la mujer que habia ganado con tan terribles riesgos y estuvo á punto de costarle aquella preciosa vida que tanto debió apreciar la nacion española.

La fortuna es veleidosa y voluble, es cierto; mas en todo extremada, cuando impele su caprichoso vendabal la rueda de algun destino: si alguna cosa faltaba á Francisco en aquel dia en que su corazon se rendía al peso de tanta felicidad, era la presencia de Arturo: pocos instantes despues del regreso de la nupcial ceremonia, un jóven bello y distinguido, mas cuyas facciones estaban ajadas por la crápula y marcadas por un signo de horrible desaliento, se presentó en aquel golfo de ventura inefable: era Arturo.

—¡Oh, amigo mio! ¡mi querido Arturo! exclamó Francisco con efusion: me alegro que vengas á ser testigo de mi felicidad cuando nada me inquieta respecto á la tuya.

Una sonrisa pálida é irónica se dibujó en los labios del jóven.

—Sí, dijo, cuando estemos solos te referiré mi dicha, que es muy superior á la tuya.

En efecto, despues que se retiró la numerosa concurrencia de importunos que siempre se encuentran en los mas faustos ó adversos sucesos de la vida, Francisco condujo á Arturo á su habitacion ansioso de referirle su vida é in-

quirir la suya: la primera la conocemos perfectamente, item mas, los generosos sentimientos que le impedirá revelar su modestia.

—Mi vida, dijo Arturo con amarga sonrisa, es toda una enciclopedia: atiende, amigo mio. El dia en que tú partiste fuí como de costumbre á casa de mi adorable marquesa, y la encontré como siempre diabólicamente hermosa y seductora; ya sabes que la amaba, y pude creer un momento que me amaba; mas un papel deslizado de su bolsillo en un instante de aturdimiento y recogido por mí en un raptó de celos, me sacó del error: él me descubrió cómo el funesto rango que me concediera mi clase fué la causa de su repentino amor. ¡Ah! no te espantes, Francisco, hubo un tiempo en que como tú creía en el amor cuando me lo juraban, en la amistad, (dispénsame), cuando me la ofrecían, en la abnegacion, en la caridad y en todos esos bellos sentimientos: mas en el dia, en el dia solo creo en el oro, en el oro que ha asesinado este corazon, que fué como el tuyo cándido, bueno y generoso: porque, créelo, amigo mio, el amor no es mas que ambicion, la amistad egoismo, la abnegacion hipocresía, la caridad ostentacion.

—¡Arturo! ¡Arturo! ¡pobre amigo mio! eso es espantoso, muy espantoso.

—¡Pobre niño! espantoso, sí; pero al ménos real. Mira, Francisco, no es una insensata pasion la que me hace desvariar, no: tenía yo tantas y tan bellas ilusiones, que bien podría soportar una decepcion por dura que esta fuese; juzgué á la marquesa un ser excepcional y egoista; la odié, la maldije, y despues cuando mi corazon estuvo entregado á otra pasion, que me hizo olvidar esta, la compadecí porque no amaba ni podia amar, y ¡era para mí tan bello el amor! y recorrí toda la escala social, sin exceptuar una clase por insignificante que fuese; y todo, todo, amigo mio, virtud, amor, constancia, todo cedió al poder de mi oro: él me mostró la humanidad desnuda de ese manto de hipocresía: él me la mostró tal cual es, baja, miserable, mezquina y confundida entre su asquerosa crápula. ¡Ay! Francisco, él me asesina, mi buen amigo, ¡si vieras qué horroroso tormento es no creer en nada de cuanto hay de bueno y generoso! ¡Si vieras qué amargo es verse solo, aislado en el mundo, entre criaturas que me arrancarian las entrañas por poseer mi oro! los mismos que me sonrien con aparente cordialidad. ¡Oh! es horrible, es horrible, no esperar nada en el mundo, ni en el cielo; es horrible no tener porvenir, cuando el presente solo ofrece desaliento y desesperacion: es horrible tener un corazon de diez y nueve años, sin fé; es horrible, en fin, esta

existencia de duelo y condenacion, sin esperar nada, sin temer nada, sin creer nada, sin tener nada, en fin, que pueda causarme una sensacion; y Arturo pasó su mano pálida y crispada por su frente fría é inmóvil como el mármol.

Y en efecto era horrible, muy horrible ver aquel niño de la belleza del ángel, aquella figura cándida y suave, cual una vírgen de Urbino, débil y vacilante como la caña tronchada por el huracan; era horrible ver aquella frente de vírgen de diez y nueve años, de tan nevada blancura, manchada por el vicio, ajada por la desesperacion; era horrible ver aquellos lábios de coral, húmedos, tan frescos y tan brillantes, pronunciar aquellas tétricas palabras, esmaltados por la sonrisa del mas amargo sarcasmo y de la mas triste impotencia; y aquella voz tan fresca y juvenil hecha para proferir frases de amor, vibrar con tan amarga ironía.

—Y sin embargo, dijo Francisco, un año hace que, impulsado por la misma desesperacion que te ocasionan las riquezas, iba á terminar mi vida por no poseerlas.

—Francisco, exclamó Arturo con su voz grave, Francisco, no te suicidaste, porque en el corazon del hombre hay fuerza y energía; has vencido tus infortunios y eres feliz. ¡Ay! los mayores obstáculos pueden vencerse con la fuerza de voluntad de un corazon enérgico y vírgen; esta llaga que devora al mio, y que ellas solo me han abierto, mostrándome á la humanidad con todo su horror, no tiene cura. ¡Dios mio, cuánto sufro! y llevé á su pecho una de sus manos como para arrancar de allí el torcedor que marchitaba los dias mas bellos que Dios concede al hombre.

Algunos dias despues de haber tenido los dos amigos la anterior conversacion, partió Arturo para Malta, de donde pensaba ir á Italia para pasar á Roma, á Grecia y á Turquía.

Mal se consigue borrar, con esta vida errante y agitada, los males del corazon.

EPÍLOGO.

Nada podemos decir respecto á la suerte de Arturo: porque en efecto, si decimos que haya en climas remotos encontrado un corazon que pudiese ofrecer al suyo amor y abnegacion, seria faltar á la veracidad de los hechos: mas si decimos que permaneció siempre errante cual el primer fratricida, me será necesario designarle algun fin, colmado de emociones y peripecias, dificultad no prevista en el plan de mi historia: fórjese así el lector á su placer el término que yo no puedo encontrar, él con su imaginacion vivaz y creadora podrá adornarle con todas las galas que esta le ofrece.

En cuanto á Francisco se habrá de conformar por fuerza con la inexorable sentencia del tiempo, y creer que á pesar de tanta felicidad, que no le abandonó, llegó un tiempo en que se entretuvo en acariciar las blondas cabezas de sus pequeños nietos, mientras que le referia por millonésima vez el resultado de sus mas memorables hechos de armas; en tanto que Etelvina, con su belleza angelical, blonda y rosada, preparaba un asado, un *fricasé* alabado por la pequeña turba infantil, compuesta de cuatro ó seis pequeños ángeles de cuatro años, y que gracias á la inalterable paz de su vida, pudo, si así te place, acariciar á sus biznietos.

ELENA GOMEZ AVELLANEDA.

EN VALENCIA.

Vientecillo, vientecillo,
detente un momento, pára,
si buenas nuevas me traes
de mi Celia idolatrada.
Tú, que de Valencia vienes,
de Valencia la sultana,
la que se aduerme al arrullo
de brisas embalsamadas,
al murmurio de las fuentes
que sus mil campos esmaltan,
y á la luz de unas estrellas
para ella sola creadas,
tú me dirás, vientecillo,
si entre tus mágicas alas
algun suspiro me traes
de mi Celia idolatrada.
Pero ¿pasas.... no respondes?
te vas murmurando y ¿callas?
¿será que nada te dijo?
¿será que se ha vuelto ingrata?
no lo creo; y sin embargo
ya me has muerto una esperanza.

Fuentecilla, fuentecilla,
la de cristalinas aguas,
la que perlas en las flores
á cada paso derrama:
la que en mil rizadas ondas
ecos de amores ensaya
para darlos en la noche
á la brisa enamorada;
detente un poco, detente,
si es que de Valencia bajas,
y alguna nueva me traes
de mi Celia idolatrada.
¿Nunca sus labios de rosa
se posaron en tus aguas,
ni al llegarlas á sus labios
te pagó con una lágrima?
¡Cuan tristemente murmuraras,
arroyuelo de mi alma!
y es que sin duda has creído
que mi Celia me es ingrata!
Sigue tu camino, sigue

campos fecundando y plantas,
que ya marchita has dejado
otra flor de mi esperanza.

Tortolilla, tortolilla,
la de blanquecinas alas,
la del canto melancólico,
la de las tiernas baladas.
Tú, que cruzando los bosques
la vida inocente pasas,
dime si algo has sabido
de una Celia á quien yo amaba?
Igual que tú, tortolilla,
era inocente, era cándida,
y como tú se adornaba,
y como tú suspiraba.
Mas buscando nuevos mundos
fué á Valencia la encantada,
y en Valencia no la han visto
fuentes, vientecillos, ni auras.
Y yo que tanto la quiero,
y no vivo sin mirarla,
muriendo voy de la pena
que su silencio me causa.
Mas ¿dónde estás, tortolilla?
te alejas, tiendes las alas!
ah! sin duda has visto á Celia
y la has encontrado ingrata!
Huye, huye, tortolilla,
y si por Valencia pasas,
deja á Celia este suspiro
de una estinguida esperanza.

Estrellas, que misteriosas
brillais en esa morada,
donde los ángeles viven
y las vírgenes se hallan,
decidme si alguna noche,
al rumor de frescas auras,
habeis oído el acento
de Celia, la que yo amaba.
Decidme, si de sus ojos
absorbisteis la luz diáfana,
ó si alumbrásteis su dicha
con vuestras dulces miradas.
Mas ¡ah! os roban la lumbre
los tintes de la alborada,
y es que os vais, por no decirme
que mi Celia me es ingrata.
Huid, huid; que entretanto,
envuelto en amantes lágrimas,
yo extinguiré en mis amores
la vida de la esperanza.

Huid, ténues vientecillos,
claras fuentes, frescas auras,
aromas embriagadores
y brisas embalsamadas:
huid, que vuestra presencia
al recuerdo de una ingrata
me hace llorar desengaños
de mis muertas esperanzas,
y bien sabeis cuán horrible
es llorar penas del alma!

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

DIAS GENIALES.

(Continuacion.)

Lo demás ya era mas fácil. Un mozo se subió en un borrico con Enriquito; Carlitos como ya es grande iba solo en otro, y yo con la niña y el paraguas me acomodé en el peor enjaezado y mas flojo que quedaba vacante.

El sol empezaba á matizar de amarillo la torre de la catedral y las lejanas cumbres que guarnecen el valle de Zurguen, cuando nuestra caravana atravesaba el robusto y almenado puente que cruza el Tormes. Multitud de gentes de los pueblos inmediatos encontramos ya que venian á la ciudad. Grupos de lecheros embozados en sus anguarinas con su sombrero de alas, su cinto de cuero y sus albarcas trenzadas con cierta gracia. El rocío de la mañana habia guarnecido sus contornos con un fleco de finísimo encaje. Ya innumerables carboneros con sus dientes ebúrneos que se destacaban de sus caras de azabache; aldeanas con cargas de cabritos, quesos, perdices, tazas de natas, lechones muertos y limpios como pedazos de alabastro. Imposible pareceria tanta abundancia, y mucho mas imposible que la naturaleza pueda proveer diariamente á tanto consumo.

Una vez ya en camino franco avivamos un poco el paso, pero el perrito de Perpétua se quiso bajar cien veces y subir otras tantas, y era preciso complacer al animalito si no queríamos agriar la fiesta.

A las nueve de la mañana llegamos al pueblo que está á la mitad del camino. Habíamos andado una legua. Los niños querian almorzar, pues con la novedad se les habia olvidado ya el chocolate. Perpétua, no sé por qué, deseaba tambien apearse, y yo lo anhelaba mas que nadie, siquiera por variar de tormento. Los piés se me habian hinchado de traerlos colgando y entumecidos los brazos de sujetar á la niña. Ni aun habia podido rasarme.

El paso acelerado que tomó de pronto la caravana nos hubiera sin duda sorprendido, si un trapito encarnado al extremo de un palo que á modo de bandera de muchachos asomaba por una ventanita, no nos hubiera explicado el fenómeno. Llegábamos á la taberna del lugar, ó como si digéramos á la estacion principal de un camino de hierro, ó como diria un marino, arribábamos á un puerto de escala donde habia que hacer aguada, renovar los víveres, componer las averías, calafatear, baldear y largar la pieza de leva.

Mientras los mozos bebieron un vaso y rellenaron la atezada bota, mis niños se mamaron una tortilla como un planeta, concluyendo el refrigerio por un casquito de naranja que traía guardada su madre, con lo que volvimos á colocarnos en nuestros respectivos tormentos hasta las once y media, hora en que nos apeábamos á las puertas de mi colono, que empezaba á dudar de nuestra puntualidad.

Escusado es decir los extremos de impertinente agasajo que nos prodigaron estas gentes, distinguiéndose con Perpétua y los niños, por aquello de que por la peana se adora el santo. Pero no éramos nosotros los únicos convidados.

Sentados en tajuelos de tres piés y al redor de una mesita pequeña de pino cubierta con una jerga, se hallaban una porcion de huéspedes jugando al truquiflor, y que á juzgar por sus vestidos nuevos de lana burda, sus camisones bordados y sin cuello, ajustados á la garganta con un boton de filigrana de oro, sus rostros saludables y escamondados, debían ser la flor y nata de los ricachones de aquellos pueblos inmediatos.

Cuando llegamos á la puerta el dueño de la casa andaba por detrás del corro con un gran jarro y un vaso de vidrio, dando de beber á los jugadores, que departían alegremente sobre varias cuestiones ajenas al juego de que se trataba.

Nuestra presencia interrumpió el debate, y despues del saludo individual y del interrogatorio á que mi esposa y yo tuvimos que responder tantas veces cuantas eran las personas presentes, solo se pensó en acabar la partida de truquiflor ya empezada. Era la hora de comer, y con nuestra llegada se completaba el número de convidados.

El comedor era aquel día la sala principal, habitacion escusada en todo el resto del año y cuyo menage debemos consignar aquí.

En los cuatro lienzos de la blanquísima pared y como á media vara del techo habia un andén ó anaquel corrido todo lleno de loza, donde habia colecciones de platos muy pintados, jarros y vasos de vidrio de mayor á menor, mas de cuarenta jícara con un limon encima cada una, sobresaliendo en medio de esta línea formidable un gran papagayo de yeso, á quien el ama habia quebrado el pico en un imprudente arranque de policia. Una cornucopia dorada se ostentaba en la testera, desafiando los siglos; y en un rincon sobre un enorme cofre de color negro guarnecido de tachuelas doradas, se mantenía en equilibrio un San Miguel de talla, que á falta de espada le habian colgado del brazo un cascarn de huevo

adornado con papelitos de colores. Era de ver la boca que abría el demonio que estaba bajo las plantas del arcángel. Parecia que el huevo era el precioso objeto que tan encarnizadamente se disputaba.

Los demás muebles habian abandonado sus puestos y declarado en completa revolucion. De todas las mesas reunidas se formó una sola á la que pudieran arrimarse todos los convidados. Colocáronse sobre ella tantos platos como eran las personas y otros tantos cubiertos, si bien en estos se notaba gran variedad, pues los habia de plata, de metal dorado, de asta y alguno que otro de Pedro-bernardo. El amo de la casa fué el primero que se acercó á la mesa y olvidándose del cuchillo como el centinela que arrimó el fusil y defendió su puesto á pedradas, sacó una navaja que traía unida al cuerpo con una correa, cogió un pan de cuatro libras y lo partió en pedazos que colocó en monton como los huesos de un calavernario. Uno de los huéspedes cogió un medio cántaro de vino que no sé quien habia colocado al pié de la mesa y llenó los vasos hasta el ribete, lo que fué la señal para colocarse todos en sus puestos. Esta operacion se hizo bajo la direccion del ama de la casa.

A mí me colocaron á la cabecera de la mesa. Perpétua y los niños á mi derecha, á la izquierda se sentó un hombre desconocido, un tanto palabrero y oficioso que se distinguía de los demás por el exagerado cuello de la camisa, que parecia quererle cortar las orejas; despues seguian los demás, concluyendo por el amo de casa, que colocado enfrente de mí cerraba el extremo opuesto de la mesa. Perpétua y mi niña eran las únicas damas del festin y la dueña de la casa era la que servía la comida.

Esta ceremonia dió principio por una sopa de pan que nos presentaron en una enormísima tartera de barro encarnado. Dicha sopa venia esmeradamente cubierta de tajaditas de sangre frita y de huevos cocidos partidos en rajás. Yo hice plato á Perpétua y los niños y cada uno fué despues tomando lo que tuvo por conveniente; pero todos nos abstuvimos de principiar á comer hasta que el amo de la casa sacara su pañuelo de cuadros y poniéndoselo sobre la rodilla á guisa de servilleta, tomara un poquito de pan, y santiguándose con él diese principio á la ceremonia. A cada cucharada de sopa se limpiaba la boca con el pañuelo y largaba un discurso de agricultura interrumpido de vez en cuando por sendos vasos de vino que se rellenaban en el momento de vaciarse. El banquete fué abundantísimo aunque no muy variado, terminando por una

enorme fuente de arroz con leche que nos servimos en unos platitos amarillos, en cuyo fondo se ostentaba un rótulo de otro color que decía ¡Viva Isabel II!

Aun no habíamos concluido de rezar un padre nuestro en acción de gracias, cuando de la torre de la iglesia que estaba inmediata se oyeron tres solemnes campanadas, y poco después una voz como de pregon que decía: «De orden del Sr. Alcalde que denguno sea usado á negar los carros.» Mas adelante explicaremos tan inusitada alocución.

Entre tanto nuestro congreso se dividió en secciones. Unos se fueron á jugar otra partida de truíflor; los niños marcharon á enredar con un corderillo que había en el corral de la casa; Perpétua quiso echarse un poco de siesta y yo me quedé de sobremesa con el desconocido de los grandes cuellos que estaba sentado junto á mí.

—Creo, le dije por hablar de algo, que vamos á tener una gran función.

—Si señor, buenas han sido las de otros años; pero la de este supera á todas.

—¿Ha estado V. ya en otras?

—Si señor, desde el año que fuimos escularizados no he faltado yo aquí el día de la fiesta; dijo ahuecando la voz; y, aprovechando aquella ocasión de darse á conocer, añadió: criado y nacido en un pueblo que dista de aquí media legüita corta, quedé huérfano y mis abuelos me hicieron tomar el hábito en los Gerónimos de Salamanca, y allí hubiera acabado mi vida pecadora si las cosas no se hubieran regüelto. Pero cuando me vi á las puertas del convento, descularizado, y deshonorao, recordé que en mi lugar habria otavía presonas de religion y buenas almas que me tuvieren ley; y como Dios nunca falta á sus criaturas, tomé mi vara de medir, mi dedal y mis tigras, y me vine otra vez al pueblo donde su Divina Magstad me tenia reservado para sus fines particulares. A poco de llegar contraí matrimonio con la viuda de un sacristan (que Dios tenga en gloria), y á quien reemplacé tambien en su destino eclesiástico. Poco tiempo después fuí nombrado fiel de fechos, y con estos dos empleos y lo que daba mi oficio de sastre, me fuí bandeando, hasta que falleció el maestro de escuela, y dende entonces soy tambien destructor de primeras letras.

Yo estaba atónito.

—La inorancia de las gentes, prosiguió, y la conocencia que tienen de mis buenas partes en toda la comarca, hacen que para todo se me pida parecer y que, como dijo el otro, no se mueva la hoja en el árbol sin premiso mio.

—De modo que, segun yo veo, estoy ha-

blando con el señor del argamandijo de toda esta tierra.

—Y no solo eso, sino que como uno ha visto mucho mundo y corrido tierra, aunque no haiga sido mas que lego en la sastrería del convento, tengo idea para todo, aunque me esté mal el decirlo. Yo soy medio arquitecto, toco la guitarra por cifra, sé dibujar y he dado algunas liciones de latin con el pinche de la comunidad, que al decir de presonas entendidas, era todo un hombre de gusto.

—Hombre! V. es una enciclopedia.

—En diciéndole á V. que hasta el bollo maimon que regalaron hoy los cofrades del Sacramento al pedricar, me lo llevaron á casa para que yo le pusiese de mi propio capirucho los adornos y pinganillos que tuviese por incominiente....

—Y qué le puso V? dije yo procurando recordar la muerte de mi abuela para no reventar de risa.

—Me vino á la idea el frentispicio de una licencia asoluta que me enseñó un soldado cuando vino de por allá, y en un momento recorté yo en papeles de colores otro lo mesmito que aquel sin faltarle un repizco. Después le puse por detrás unos palitos pegados con pan mascado y lo clavé en el bollo que parecia una corona imperial.

(Se continuará.)

JUAN CUESTA.

CORRESPONDENCIA.

Sra. D.^a C. P.: *Arcos*.—Puede V. percibir del comisionado los rvn. 40 de la liquidacion practicada.

Sr. Don J. N. y M.: *Orotava*.—Queda V. suscrito por un año desde 1.^o de Enero, y el prospecto lo hallará en el cuaderno que se le ha remitido.

Sr. Don P. G. T.: *El Cerro*.—Se le remitió el Almanaque Profético.

Sr. Don A. G. y F.: *Palma del Rio*.—Queda V. suscrito por un año, pero siendo la suscripcion 108 rs. y no 90 como cree, deberá remitir al comisionado los 18 rs. que faltan. Los libros que pedia le fueron remitidos.

Sra. D.^a M. S.: *Cabra*.—El n.^o que reclamaba se le ha duplicado y los sellos que remitió en fecha 9 se recibieron, por lo cual se le ha anotado la suscripcion por 3 meses.

Sr. Don F. F.: *Puerto de Sta. María*.—Queda V. suscrito por un año.

Sra. D.^a C. de la E. de L.: *Barcarota*.—Las dos remesas de sellos que menciona, en nuestra anterior contestacion le manifestamos se habian recibido. Hoy solo nos resta añadirle, que el n.^o del 1.^o del corriente se le ha duplicado, y con el cual pasan de ciento los ejemplares que hemos remitido por los estravíos en correos, lo que nos perjudica considerablemente: pero á nuestro deseo de complacer lo sacrificamos todo, pues apreciamos en mucho, la deferencia que el público nos dispensa.

Sr. Don J. J.: *Búrgos*.—El cuaderno que deseaba de Diciembre se le dirigió á su debido tiempo. En el patron de Marzo se incluirán los nombres que indica.

Sra. D^a R. M.: *Bejar*.—Habiendo renovado nuevamente su suscripcion desde Madrid el Sr. Don M. I. H. se han remitido á V. los números del 17 y 24, y sucesivamente se hará de los posteriores.

Sr. Don J. P.: *Vich*.—Quedamos impuestos de lo que se sirve manifestarnos, y en lo sucesivo se hará como desea.

Sr. Don R. M. y G.: *Salamanca*.—Se le duplicó el cuaderno extraviado en correos.

Sr. Don B. L.: *Granada*.—Se le ha anotado á V. por 3 meses desde 1^o de Febrero, y el patron que le faltaba se le ha duplicado.

Sr. Don M. C. y O.: *Madrid*.—La reclamacion que se hizo á V. ha sido efecto de un error de pluma, que al dirigir el pedido el comisionado cometió, por cuya razon habrá observado, que los números se le han seguido remitiendo.

Sr. Don J. S. de J.: *Carraca*.—Se le ha duplicado el n^o que reclamaba.

Sr. Don L. de Y.: *Peralta*.—Id. id. id., con mas el de Diciembre.

Sr. Don R. M. de V.: *Baeza*.—Ya deberán ser en su poder los cuadernos de Noviembre y Diciembre.

A LAS SEÑORAS SUSCRITORAS.

La Empresa del periódico LA MODA, suplica á las amables lectoras de él, inviten á sus amigas se suscriban, demostrándoles lo útil y conveniente que es su lectura, con lo cual harán un obsequio á la citada Empresa, que les agradecerá mucho, y que vendrá á resultar en beneficio de todas las Señoritas que honran la publicacion, porque mientras mayor sea el número de suscriptoras, mayores serán tambien las mejoras que se harán, pues así cree tenerlo demostrado.

Con objeto de satisfacer las muchas peticiones que se nos han dirigido sobre el figurin de trajes para bailes,

hemos anticipado el Numero correspondiente al primer domingo de Febrero, repartiéndolo en el presente dia.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales por Doña María del Pilar Sinués de Marco.*—*Amor de los amores, por D. Antonio de Trueba.*—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*Nuevo manual de señoritas.*—*Revista de Madrid, por D. Sebastian de Mobellan.*—*Huracan sufrido por la goleta CRUZ en los mares del Sur.*—*Teatro del Balon, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Modas de París.*—*Esplicacion de la hoja de patrones.*—*Dos amigos, novela original de la Señorita Doña Elena Gomez Avellaneda, conclusion.*—*En Valencia, poesía, por D. Sebastian de Mobellan.*—*Dias Geniales, por D. Juan Cuesta.*—*Correspondencia.*—*Advertencias.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin doble de trajes, para baile, de señoras, caballeros y niños.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Dibujo de tapicería en colores.*

Por los artículos sin firmar

LAZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

Solucion del geroglífico anterior.

El atentado reciente en Francia demuestra que vamos hácia la barbarie con pasos agigantados.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

